

Jacques Lacan

**Seminario 20
1972-1973**

**OTRA VEZ
*ENCORE***

(Versión Crítica)

2

Martes 12 de Diciembre de 1972^{1, 2}

¹ Para los criterios que rigieron la confección de la presente *Versión Crítica*, consultar nuestro **Prefacio**: «Sobre una *Versión Crítica* del Seminario 20 de Jacques Lacan, *Encore*, y nuestra traducción». Para las abreviaturas que remiten a los diferentes textos-fuente de esta *Versión Crítica*, véase, al final de esta clase, nuestra nota sobre las **FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 2ª SESIÓN DEL SEMINARIO**.

² La primera parte (intervención de Lacan) de esta 2ª sesión del seminario ocupa el lugar de COMPLEMENTO del Capítulo I de **JAM/S**, y quien estableció dicho texto lo tituló: **LA BÊTISE {LA TONTERÍA}**.

Lacan, parece, para su primer seminario, como se lo llama, de este año, habría hablado, ¡a que no lo adivinan!, ¡del amor! ¡Nada menos! La noticia se propagó... La misma me volvió incluso de... no muy lejos, desde luego, desde una pequeña ciudad de Europa,³ a donde la habían enviado como mensaje. Como es sobre mi diván que eso me volvió, no puedo creer que la persona que me lo informó creyera en ello verdaderamente, visto que ella sabe muy bien que lo que yo digo del amor es seguramente que no se puede hablar de él. “Háblame de amor”, eso quiere decir unas cancioncitas...⁴

Yo hablé de la *lettre* de amor,⁵ de la *declaración* de amor; esto no es lo mismo que la *palabra* de amor.

En fin, yo pienso que está claro, incluso si ustedes no se lo han formulado, está claro que en ese primer seminario hablé de *la tontería*, de la que condiciona aquello con lo que he dado este año el título a mi seminario, y que se dice: *Otra vez {Encore}*.⁶ ¡Ustedes ven el riesgo!

Les digo eso únicamente para *decirles*⁷ lo que constituye aquí el peso, el peso de mi presencia: es que ustedes gozan de ella. Mi sola presencia, al menos me atrevo a creerlo, mi sola presencia es, en mi discurso, mi sola presencia es mi tontería. Yo debería saber que tengo mejores cosas para hacer que estar aquí. Es precisamente por eso que puedo tener ganas, muy simplemente, de que ésta no les esté asegurada en cualquier caso.

³ Amsterdam.

⁴ Lucienne Boyer: *Parlez Moi d'Amour*, en <http://es.youtube.com/watch?v=rIAQWr34De0>

⁵ *lettre*: “letra”, y también “carta”.

⁶ *Encore*: Aunque en la traducción del título del Seminario se ha optado por *Otra vez* (había que optar por una, aunque sea por economía), a lo largo del Seminario se emplearán otras opciones que pertenecen al campo semántico de este adverbio: *todavía*, *aún* (y no *aun* como se equivocó la versión de Paidós), *más*, *todavía más*, etc.

⁷ **JAM/S**: [mostrarles]

No obstante, está claro que no puedo ponerme en una posición de retracción, decir que *otra vez*, y que eso dura, es una tontería, puesto que yo mismo colaboro a ello. Evidentemente yo no puedo situarme más que en el campo de este *otra vez*. Y quizá para remontar cierto discurso que es el discurso analítico hasta lo que constituye el condicionamiento de este discurso, a saber esta verdad, la única que pueda ser indiscutible por lo que *ella no es*: que no hay relación sexual. Esto no permite de ninguna manera juzgar por lo que es, o no es, tontería.

Y sin embargo no es posible, visto la experiencia, que a propósito del discurso analítico no sea interrogado algo que es, a saber: *si*⁸ **⁹ no se sostiene esencialmente por soportarse de ella, de esta dimensión de la tontería. ¿Y por qué no? ¿Por qué no, después de todo, no preguntarse cuál es el estatuto de esta dimensión, sin embargo bien presente?

Pues, en fin, no hubo necesidad del discurso analítico para que, ahí está el matiz, como *verdad*, sea anunciado que no hay relación sexual. No crean que, yo, vacile un poco en arriesgarme. No es de hoy que hablaría de San Pablo, ya lo he hecho.¹⁰ No es eso lo que me da temor, incluso comprometerme con gente cuyo estatuto, cuya descendencia no es, para hablar con propiedad, lo que yo frecuento. No obstante, que “los hombres de un lado, las mujeres del otro”, eso fue la consecuencia del Mensaje, ahí tienen lo que, en el curso de los tiempos ha tenido algunas repercusiones. Eso no ha impedido al mundo reproducirse *a vuestra medida*¹¹. ¡La tontería aguanta, en todo caso!

$$\frac{a}{S_2} \rightarrow \frac{S}{S_1}$$

No es completamente así que se establece el discurso analítico. Yo lo he formulado con el *a* minúscula, y con el S_2 que está debajo de

⁸ **VR**: *que*

⁹ **JAM/S**: [este discurso]

¹⁰ Especialmente en el Seminario *La ética del psicoanálisis*, sesión del 23 de diciembre de 1959.

¹¹ **GT**: *(a vuestra / en buena)*

él, y de lo que eso interroga del lado del sujeto. ¿Para producir qué? **¹² Es muy evidentemente que eso se instala ahí dentro, muy simplemente, en la tontería. ¿Por qué no? Y que eso no tiene ese retroceso, que yo no he tomado tampoco, de decir que “si eso continúa, es por la tontería”. ¿En nombre de qué lo diría? ¿Cómo salir de la tontería?

No es menos cierto que hay algo, un estatuto a dar de lo que concierne a este nuevo discurso. Por su acceso a la tontería, algo se renueva al respecto. ¡Seguramente, llega más cerca! Pues en los otros **¹³ es precisamente aquello de lo que se huye. *El discurso*¹⁴ apunta siempre a la menor tontería, lo que se llama la tontería sublime, pues *sublime* quiere decir eso: es el punto más elevado de lo que está abajo.

¿Dónde está en el discurso analítico lo sublime de la tontería?

He aquí en qué estoy al mismo tiempo legitimado a poner en reposo mi participación en la tontería en tanto que aquí ella nos engloba, y a invocar a quien podrá, sobre este punto, aportarme la réplica... de lo que, sin duda en otros campos... **¹⁵ ¡Pero no, por supuesto! Puesto que se trata de alguien que aquí me escucha, y que por este hecho está suficientemente introducido en el discurso analítico.

¿Cómo?

Ahí está lo que ya, al término del año pasado, tuve la dicha de recoger de una boca que va a resultar ser **¹⁶ la misma.¹⁷ Es ahí que, desde el comienzo del año, entiendo que alguien me aporte, a su cuenta y ries-

¹² **JAM/S:** [sino tontería]

¹³ **JAM/S:** [discursos, la tontería]

¹⁴ **JAM/S:** [los discursos]

¹⁵ **JAM/S:** [recorta lo que yo digo]

¹⁶ **JAM/S:** [hoy]

¹⁷ Lacan alude a la intervención de François Récanati en su seminario del año anterior, ...*ou pire*, en la sesión del 14 de Junio de 1972, y posteriormente publicada en la revista *Scilicet*, nº 4, Éditions du Seuil, Paris, 1973, pp. 55-73, con el título *Intervention au séminaire du docteur Lacan*.

go, la réplica, de lo que en un discurso, particularmente el filosófico, resuelve, desvía, sigue su camino, lo desbroza por cierto estatuto respecto de la menor tontería. ¡Bueno!

Doy la palabra a François Récanati, que ustedes ya conocen.¹⁸

FRANÇOIS RÉCANATI

— Agradezco al Doctor Lacan por darme la palabra una segunda vez, porque eso va a introducirme directamente en aquello de lo que voy a hablar, en el sentido de que no carece de relación con la repetición. Pero por otra parte, quisiera también prevenir que esta repetición, es una repetición infinita. Pero que lo que yo voy a decir, ahí también, no será finito en el sentido de que no tendré tiempo en absoluto para llegar al término de lo que he preparado. Es decir que aquí, de alguna manera, es verdaderamente en el rizamiento del rizo que debería tomar sentido lo que, como preliminares, van a conducirme a ello. Es decir ahí voy a estar obligado, creo, a causa del tiempo, y a menos que retome eso en otra ocasión, a atenerme a los preliminares, es decir propiamente a no entrar todavía de lleno en esa tontería de la que ha hablado el Doctor Lacan.

Recuerdan ustedes que lo que la última vez yo había tratado de mostrarles, es que la repetición no se produce sino en el tercer tiempo, que era el tiempo del interpretante. Eso quiere decir que la repetición, es la repetición de una operación, en el sentido de que, para que haya término a repetir, es preciso que haya una operación que produzca el término. Es decir que lo que debe repetirse, es preciso justamente que eso se inscriba, y la inscripción de este objeto no puede producirse ella misma más que al término de algo del orden de una repetición.

Es que hay ahí algo que se parece a un círculo lógico, y que de hecho es un poco diferente, más bien algo del orden de una espiral, en el sentido de que el término de llegada y el término de partida, no se puede decir que sea la

¹⁸ En este punto, **JAM/S** remite a la próxima publicación de la exposición de F. Récanati “en *Scilicet*, revista de la Escuela Freudiana de París”, e interrumpe la transcripción de la sesión. Por lo tanto, nuestra confrontación con esta versión se limita a estos pocos primeros párrafos. En cuanto a la exposición de Récanati, que traducimos de otras versiones del Seminario, posteriormente el autor la corrigió, redactó y le añadió algunos párrafos, para luego publicarla, efectivamente, en la revista *Scilicet*, n° 5, Éditions du Seuil, Paris, 1975, pp. 61-87, con el título *Prédication et ordination*. Como estaba convenido en esa revista, el artículo no está firmado (sólo los textos de Lacan lo estaban). — La traducción de este texto, que efectué hace ya varios años, la añadí al final de esta clase, como **Anexo 1**.

misma cosa. Lo que está dado, es que el término de partida es el mismo que el término de llegada... Es más bien el término de llegada el que es el mismo que el término de partida, pero el término de partida mismo no es ya “el mismo”: *se vuelve* “el mismo”, pero sólomente *après coup*.

Hay por lo tanto dos repeticiones a considerar, disimétricas. La primera que es el proceso por donde se da este objeto que debe repetirse, y podemos llamar a eso, de alguna manera, la identificación del objeto, en el sentido de que se trata de la declinación de su identidad. Y vemos muy bien lo que quiere eso decir, es decir que cuando se declina esta identidad del objeto, esta identidad declina también, lisa y llanamente. Y la tautología inicial “*a es a*”, de la que recordamos que Wittgenstein dice que es un “forzamiento desprovisto de sentido”, es propiamente lo que instituye el sentido, pues pasa algo ahí adentro. Es decir que, en el “*a es a*”, *a* se presenta ante todo como el soporte indiferenciado, completamente potencial, de todo lo que puede llegarle como determinación. Pero desde que una determinación efectiva le es dada, desde que es de *existencia* que se trata y no de cualquiera de todas sus determinaciones posibles, entonces precisamente hay una suerte de transmisión de poder, es decir que lo que debía hacer función de soporte, en este caso este *a* indeterminado, este *a* potencial, es de alguna manera marcado por el hecho de que hay algo del *ser* de pronto, que se intercala entre él y él mismo. Es decir que él mismo se repite, y se repite bajo la forma de un predicado. Es decir que hay una especie de disminución, y esta disminución se simboliza en cuanto que en “*a es a*”, el *a* que tenía función de soporte de pronto se ve él mismo soportado por algo del orden del *ser* que lo soporta, que lo sobrepasa, que lo engloba, y él mismo no es en esta relación más que lo que predica la predicación, en tanto que la predicación es lo que soporta el *ser*. Voy a volver sobre esto...

JACQUES LACAN

— Por otra parte, cualquiera sabe que “la guerra es la guerra” no es una tautología...

FRANÇOIS RÉCANATI

— Eso es.

JACQUES LACAN

— ¡No más que “un centavo es un centavo”!

FRANÇOIS RÉCANATI

— Exactamente. Voy a volver sobre eso porque esto es poco más o menos el nervio de todo el asunto, y porque yo quisiera hablar — pero esto es lo que temo no tener tiempo de hacer — yo quisiera hablar de la *Lógica de Port-Royal*,¹⁹ porque es una teoría de la sustancia, justamente, y porque la última vez fue dicho que uno no se refiere aquí a ninguna sustancia. Pero volveré sobre esto en seguida.

Sepamos simplemente que la repetición, efectivamente, la primera, repite la indeterminación inicial de este objeto que se da como potencial, pero que al repetir esta indeterminación, y bien, esta indeterminación se encuentra — no el objeto, sino la indeterminación — súbitamente determinada de una cierta manera; es decir que bien podemos plantear que la repetición del vacío o la repetición de lo imposible, en fin, que ese tipo de repetición de algo que no está dado y que es preciso por lo tanto producir en el tiempo que se quisiera repetirlo, bien podemos plantear que es imposible, y esto es lo que dice más o menos todo el mundo, pero es suficiente que esto sea imposible para que haya ahí algo asegurado, y que esta seguridad permite justamente una repetición, es por otra parte una segunda repetición.

Bueno, más bien que extenderme al respecto, cito esta frase de Kierkegaard, quien dice: “Lo único que se repite, es la imposibilidad de la repetición”.²⁰ Eso hace ver muy bien de qué se trata, y produce la juntura con lo que yo había dicho el año pasado, por lo tanto, de la tríada que soporta toda repetición, la tríada: *objeto - representamen - interpretante*. Es decir que entre el *objeto* y el *representamen*, de alguna manera cambiamos de espacio, o al menos hay algo como un *agujero* que hace justamente al *objeto* y al *representamen* inenganchables en esta relación. Pero este *agujero*, en tanto que insiste, es lo que permite fundar una verdadera repetición, en el sentido de que, en el tiempo posterior, hay algo que va a encarnar este *agujero*, que será el *interpretante*, y que de algún modo podrá repetir de dos maneras lo que pasaba entre el *objeto* y el *representamen*. Por una parte inscribirlo diciendo: “había agujero” y permitiendo que esta imposibilidad o este agujero, se repita. Pero por otra parte va a, no solamente significarlo, sino repetirlo, porque, entre la imposibilidad del comienzo, que pasaba entre el *objeto* y el *representamen*, y su significante que es el *interpretante*, hay la misma relación imposible que había justamente entre el

¹⁹ La lógica de Port-Royal es también el título de una obra: A. Arnaud y P. Nicole, *La logique ou l'art de penser*.

²⁰ Søren KIERKEGAARD, *La repetición*.

objeto y el *representamen*. Es decir que hará falta por lo tanto un segundo *interpretante* para que tome a cargo la repetición de esta imposibilidad.

En el *interpretante*, hay algo como la efectuación de una imposibilidad hasta entonces potencial, y la imposibilidad inscrita por el *interpretante* es, digamos, el primer término de esa existencia de la que el cero potencial era portador, en el sentido en que, de alguna manera, el “todo” conduce al “existe”, y volveré a ello igualmente.

Lo que es importante, es que la imposibilidad de la relación *objeto/representamen* se da como tal para el *interpretante*. El *interpretante* dice: “eso, es imposible”, pero, en la medida en que ella se da para el *interpretante* como tal, desde que el *interpretante* mismo se da para otro *interpretante*, es entonces que esta imposibilidad es verdaderamente un término, término fundador de una serie. Es decir que eso permite al nuevo *interpretante* asegurar algo sólido, como si esta solidez fuera el *interpretante* primero quien la hubiera fundado a partir de algo originariamente flúido.

Lo que escapaba en la relación *objeto/representamen*, viene a aprisionarse en el *interpretante*. Pero se ve bien, y ya lo he dicho, que lo que se aprisiona en el *interpretante* y lo que escapaba en la relación *objeto/representamen*, no es exactamente la misma cosa, puesto que, precisamente, lo que escapaba en la relación *objeto/representamen*, eso continúa escapando en la relación entre esa relación y el *interpretante*. Es decir que de todos modos, hay el mismo descalce, la misma inadecuación. Y es precisamente la imposibilidad de partida, o sea la imposibilidad de la repetición, sobre la cual voy ahora a insistir un poco, la que produce lo que sucede y que podemos constatar, es decir la repetición de la imposibilidad.

Lo que instituye el descalce, ese desfasaje de donde se origina la repetición, es la imposibilidad para algo de ser a la vez ese algo y al mismo tiempo inscribirlo. Es decir que la existencia de algo no se inscribe más que para otra cosa, y, por consiguiente, eso no se inscribe sino cuando es otra cosa la que es dada. Ahora bien, si es que es de existencia puntual que se trata, algo no se inscribe, la existencia de algo no se inscribe más que en el momento en que ella declina, justamente, desde el momento en que es cuestión de otra existencia.

Esta disyunción, es poco más o menos lo que pasa entre *el ser* y *el ser predicado*, y espero tener tiempo para llegar hasta la *Lógica de Port-Royal*, que era teóricamente el núcleo de mi exposición, para mostrarlo, pero en fin, es dudoso.

Lo que soporta... recuerdan ustedes que la última vez Lacan caracterizó *el ser* como siendo *sección de predicado*, y eso es propiamente hablando lo que está en cuestión. Y voy a ofrecer en seguida algunas reflexiones aunque más no sea sobre esta fórmula: *sección de predicado*, que hace sentir

inmediatamente la recurrencia en la que se construye lo que justamente es supuesto soportar todo predicado, es decir el ser... es decir que el ser, lo que soporta los predicados antes de la predicación, eso se da después de los predicados. Y de una cierta manera, si hay “sección de predicado” para encontrar el ser, eso quiere decir que lo que soporta los predicados, es lo que no está en los predicados. Es justamente lo que está ausente de los predicados, lo que está ausente en la predicación.

Es pues la ausencia de ser, de una cierta manera, la que porta los predicados, lo que implica también, pero de manera un poco indirecta, que los predicados no son ellos mismos predicados más que de esta ausencia.

Que el predicado pueda ser cortado, es como si, de alguna manera, hubiera ya una partición elemental, como si estuviera dada una línea en puntillado, una frontera, y que es suficiente recortar como en ciertos embalajes.

JACQUES LACAN

— Articule bien la noción de *sección de predicado*, puesto que es lo que usted ha enganchado con lo que yo dije en lo que dejé, y justo casi tropecé con eso.

FRANÇOIS RÉCANATI

— Sí, en tanto que la *sección de predicado*, es propiamente lo que es el núcleo de mi exposición. Eso se puede imaginar como una fibración, es decir que es a partir de una especie de halo que voy a tratar, rodeándolo verdaderamente, de circunscribir ese núcleo que va a aparecer en todos los ejemplos que voy a dar ahora.

Sección de predicado, es pues como si eso pudiera ser cortado. No insisto al respecto, sino que es evidente que no es por haber cortado el corte que se va a volver a hallar lo insecable, y que la frontera, una vez que se ha sajado adentro, insiste tanto más cuanto que se manifiesta como agujero.

Digamos que la sección, para tomar los sentidos que vienen, es también hacer dos de lo que era uno, y si yo señalo este sentido que no es lo que aquí se acepta, es porque es el que Groddeck da a uno de sus conceptos, que se llama justamente la *sexión*, la *sexión* con una *x*, es decir que eso no deja de interesar al sexo, de una cierta manera. Y eso, es la manera, para Groddeck, de hacer referencia a Platón — y cuando digo Platón, no se trata del *Parménides*, sino de *El Banquete*, del que ustedes recuerdan que, en el discurso de Aristófanes, se levanta el problema de ese mito del andróg-

no originario que habría sido cortado en dos. Habría sido eso, la *sexión*, con una *x*.

Ahora bien, sobre lo que quisiera insistir, es sobre algo que resulta muy bien del *Banquete*, no especialmente del discurso de Aristófanes, sino un poco de todos los discursos, incluso de aquellos que se supone que son contradictorios, y para ir rápido, no voy a tomar más que dos ejemplos: el discurso de Diotima por una parte, el de Aristófanes por otra. Y el *Banquete*, eso lleva sobre el amor.

El amor, dice Diotima, es lo que, en todas partes donde hay dos, oficia de frontera, de medio, de intermediario, es decir de interpretante. Cuando yo digo “interpretante”, es porque muy bien se puede traducir así el término que Platón emplea, que es un término derivado de *mantiké* {Μαντιχή}, que quiere decir “la interpretación”, y *mantiké*, Platón dice que ese término viene de *maniké* {Μανιχή}, que *maniké* quiere decir “el delirio”.²¹ Es lo que oficia de interpretante. Pero el único interés de esta fórmula — porque, sobre todo, nadie en la asamblea del *Banquete* la discute — es que permite que se siga de ella esto: que el amor en ningún caso podría ser bello, porque lo que se propone como objeto del amor, lo que como serie cae bajo el golpe del amor, siendo el amor como una marca que hace desfilar, que instaura una especie de corredor donde una serie de objetos va a pasar, los objetos que él ha marcado... el amor no puede ser bello porque sus objetos son bellos, y está dicho que en ningún caso lo que es el agente de una serie, la instancia misma de la serie o el término último de la serie, lo que encabeza una serie, no puede tener los mismos caracteres que los objetos que están en esta seriación; es decir que los objetos del amor son bellos, entonces el amor no puede ser bello. Y eso es por lo tanto, para hablar con propiedad, un carácter de esta instancia de seriación, un carácter del *interprete* que nadie, entre los polemistas presentes en la asamblea del *Banquete*, vuelve a poner en cuestión.

Y se puede ver bastante fácilmente la relación que hay con Aristófanes, incluso si eso parece más lejano; es que cuando él dice que en el origen, los hombres tenían cuatro piernas, cuatro brazos, dos rostros y dos sexos, y bien, ellos se volvieron un poco demasiado arrogantes porque ya no tenían verdaderamente deseo, no les faltaba gran cosa. Y entonces se decidió, al menos es Zeus quien decidió cortarlos en dos para que se volvieran humildes. Pero lo que ha dicho Zeus, es que eso no cuenta, un corte, si no hay efectos de corte. Es decir que si el corte es puntual, y después eso continúa como antes, eso no sirve para nada. Lo que él quiso, entonces, es que eso continúe, que haya un efecto, y para esto, él volvió los rostros, los rostros que entonces estaban, como los sexos, en la espalda — y el sitio del corte, era propiamente el vientre, puesto que está el ombligo que es el índice del

²¹ PLATON, *Fedro*, 244-245.

corte — él decidió volver los rostros del lado del ombligo, para que los hombres se acordaran de esto, de este corte; y luego, ya que estaba en eso, volvió los sexos igualmente, para que pudiesen tratar de volver a pegarse, y que eso los ocupe.

Pero lo importante, y aquello por lo cual he desarrollado todo eso, en relación con el discurso de Diotima, es que el resultado de toda esta operación, que a pesar de todo es algo, el resultado puede parecer irrisorio... es simplemente que el hombre, puesto que se le ha vuelto el rostro, ya no puede mirar detrás suyo, es que ya no ve más que adelante, ve solamente lo que lo precede. Vemos bien que esto es precisamente igualmente lo que dice Diotima, es decir que es eso el fin de todo, es decir el fin *del* todo, en tanto que a toda serie, faltará el término último de la seriación, el punto de vista, aquello desde donde la seriación se construye. En general...

JACQUES LACAN

— Es precisamente lo que yo decía recién: que no ve el *otra vez* {*encore*}.

FRANÇOIS RÉCANATI

— Lo que ahí acabo de aislar a partir de dos discursos, lo volveremos a encontrar como dos puntos muy ligados a propósito de los ordinales.

Lo que constituye el ordinal, ya se les ha dicho, es algo del orden de un nombre de nombre.

JACQUES LACAN

— Escríbalo, porque sin eso...

FRANÇOIS RÉCANATI

— Bueno, sí, pero las tizas, ¿usted encontró una tiza que sirva?

JACQUES LACAN

— Con el tiempo, vea, *eso sale*.

FRANÇOIS RÉCANATI

— Es un *nombre de nombre* {*nom de nom*}, y vamos a ver más precisamente de qué retorna, en el sentido de que el ordinal, es un nombre, pero si es un nombre, la función de este nombre es nombrar algo que no es, justamente, su propio nombre. Es de alguna manera el nombre segundo de lo que precede, del nombre que precede y que, como nombre él mismo, es precisamente un nombre, pero no sirve más que para nombrar algo que precede, etc... Es decir, bueno, esa es la relación con Aristófanes, y no insisto.

Hay un problema que va a plantearse en seguida, y trataré de abordarlo, es que el primer ordinal, si se lo considera, bueno, éste no es verdaderamente un *nombre de nombre* {*nom de nom*}, porque no hay nombre que lo preceda, si es cierto que sea el primero. Es por eso que he escrito al lado, ahí, que es el *nombre del no* {*nom du non*}, porque es eso, el primer ordinal. E incluso diré que, si eso es lo que sucede al comienzo, es a causa de eso que después hay *nombre de nombre*. Porque, justamente, desde que se le da un nombre a lo que no lo tiene, esto es en la identificación justamente algo como la declinación de la identidad, en el sentido en que se dice de ello un poco más, y que este más que se dice va a ser necesario a él mismo no tanto reabsorberlo sino identificarlo, darle un nombre, y, a partir de ahí, esto es el descalce infinito.

Nombrar, en general, es poner el punto de lo que precede en la serie. Pero el punto, en tanto que él mismo funciona como nombre, precede algo igualmente por venir, y este algo por venir, si se lo considera absolutamente, lo que está siempre por venir, esto será lo que se podría llamar el *otra vez* {*encore*}, que, él, no precede nada que no sea él mismo. Es decir no detenta nombre, innombrable por este hecho. Vemos que, desde este punto de vista, lo que yo llamo el *otra vez*, es el índice del infinito.

Y por otra parte, podemos decir que el infinito está ya ahí, está dado desde el punto de partida en la homonimia del *nombre* {*nom*} y del *no* {*non*}. Es decir que el *nombre*, es algo como la propagación del *no* más radical que, antes de toda nominación, o en el instante de toda nominación, se da como algo infinito.

Vemos pues algo que se desprende como dos límites: el *no* por una parte, y el *otra vez*; y la ordenación, es lo que pasa entre los dos. Es decir que lo que va a interesarme — y se puede ver la relación de esto con la *sección de predicado*, es decir con esta expresión y esta recurrencia — es la relación entre los dos lo que puede ser interesante.

El sistema de la nominación en general, ustedes ven más o menos cómo podemos aprehenderlo: es la envoltura de un imposible de partida, envoltura que justamente, en esta relación con lo imposible, no se sostiene más que del *otra vez* como índice de esta trascendencia de lo imposible por relación a toda envoltura. Y si lo imposible, es lo que dice no — lo que no es evidente, y lamento no tener tiempo para desarrollar eso — si lo imposible es lo que dice no, habrá que entenderlo más o menos como una denegación radical, en tanto que la denegación, es algo que es ya lo infinito. Es decir que, en tanto que es ya infinito, la denegación se burla no poco de lo que llega, de alguna manera, detrás de ella, lo que ella soporta, es decir todo el juego de predicación, todo el juego de objetivación predicativa que toma la denegación, por ejemplo, para negarla, diciendo *no* o diciendo *sí*, y que no cambia nada en el signo cimentado por lo infinito de la denegación. Es decir que eso no da nunca *sí*, la denegación, ella queda intacta, con jueguitos que pasan sobre su cuerpo, se podría decir. Y entonces, para lo infinito de la denegación, esto ni siquiera le hace cosquillas.

Entonces esto nos lleva a pensar — esto es un paréntesis — que incluso si lo que “he llamado la manipulación lógica sobre fondo de infinito”, eso a su vez se vuelve infinito, eso no quiere decir que se va a curar el infinito a golpes de infinito, y que eso va a dar de pronto algo finito o algo como del *sí*. Por el contrario, eso va a devenir peor *{pire}*, en el sentido de que lo que, en la nominación, puede volverse infinito, no es lo mismo que lo que está ya ahí como infinito en lo que yo llamo esta “denegación inicial”, en el sentido de que lo que, en la manipulación lógica, viene como infinito, es la nominación del infinito, mientras que lo que está ya ahí como denegación infinita, es lo que infinitiza toda nominación, es el infinito de la nominación. Lo que hace que la nominación del infinito, será una nominación como las otras, es decir que ella estará también sujeta a esta infinitización que está ya ahí, que parte de una fuente que está al comienzo. Es decir que eso no va a cambiar nada, y que podemos plantear algo como omega $\{\omega\}$, el más pequeño ordinal infinito, eso no va a detenerse ahí, es decir que eso continúa en el conjunto de las partes de ω , en los alephs $\{\aleph\}$, etc...

Es decir que es preciso continuar, desde que el infinito está dado en esta posición, es preciso que el mismo infinito sea infinito, es decir que se continúe con esos pasajes de infinito al infinito, etc., que se continúe *otra vez*. Como si lo que quisiera alcanzarse en esta historia, fuera precisamente el *otra vez* mismo.

El *otra vez* se da como el límite de la expansión de ese *no* radical del que he hablado, y ahora voy a hablar, inmediatamente, de la relación entre el *no radical* y el *otra vez*, pues es a eso que va a introducirme retroactivamente aquello sobre lo cual voy a volver, es decir, la *sección de predicado*.

La *sección de predicado*, se lo ve inmediatamente, es a la vez lo que hay después de toda predicación, es decir una vez que se puede decir “no hay más predicados”, y es también lo que, antes de toda predicación, la soporta. Pero lo que hay que comprender, es que este *antes* y este *después*, es la misma cosa, es decir que es lo que constituye, lo que sostiene la predicación como la envoltura de una imposibilidad, esa imposibilidad que hay que comprender como la imposibilidad misma de la predicación, es decir la imposibilidad de suministrar todos los predicados, de ponerlos juntos, sin que al menos uno se desprenda como representando en la imposibilidad, en la existencia, la imposibilidad, o, si queremos, el *otra vez*.

Más precisamente en cuanto a los ordinales, “el ordinal nombra el nombre de aquel que lo precede”, eso quiere decir dos cosas, muy simplemente: que un ordinal no se nombra a sí mismo pero es nombrado por su sucesor, y que a cada ordinal pertenece la suma mecánica de todos los que lo preceden, puesto que él mismo... un ordinal nombra su precedente, su precedente nombra su precedente, etc, es decir que, enganchada a cada ordinal, está la serie de todos los ordinales que lo han precedido.

Ahora bien, ya, estos dos puntos implican una discordancia esencial entre el nombre y el *nombre de nombre*, y esto es lo que yo llamaré un efecto de aplastamiento.

Lo que viene a identificar el 0, por ejemplo, en una definición del 0, como algo como el “elemento único del conjunto «idéntico a 0»” — o, para el conjunto vacío, creo que se puede muy bien decir: “lo que es elemento único del conjunto de sus partes”, o simplemente ese conjunto de sus partes del que él es el elemento que viene a identificarlo propiamente — éste, eso se da como predicado del cero. Ahora bien, vemos bien que en este predicado, hay algo en más que es dado, en más que el conjunto vacío, en más que el 0. Y esto es de tal modo tangible, que la prueba de eso es que, justamente, el 0 y el 1, que se supone que no es otra cosa que la identificación del 0, eso hace justamente 2.

Vemos que se cambia de nivel, que eso no tiene ninguna relación, que eso no se sitúa... hay un desajuste *{decalage}*, eso no se sitúa en el mismo escalón, se pasa de un nivel a un nivel superior. Pero lo que es notable, es que ese 0 y ese 1 que no tienen nada que ver, que no se sitúan en el mismo nivel, se los pone juntos como los elementos de ese nuevo conjunto constituido por el ordinal 2. Es decir que 0 y 1, eso hace 2, justamente en el sentido de que el 0 y el 1 son de alguna manera nivelados, puestos sobre un mismo plano, en el 2. Y para el 2 mismo... la operación va a repetirse en el pasaje del 2 al 3, etc...

El *representamen* no tiene ahí, con el objeto, relación posible, y es siempre este *cursus* del interpretante el que interviene, es decir, que es encarnado

por algo, y en la medida en que está encarnado, en que algo que escapa está embridado, resurge igualmente, justo después de esta encarnación.

Podemos tomar la fórmula de un ordinal para ver mejor de qué se trata.

JACQUES LACAN

— ¡Devuélvasela a Cantor, de todos modos!

FRANÇOIS RÉCANATI

— He aquí la fórmula que podemos considerar como la fórmula del 4.

$$\begin{array}{ccccccc} 0 & 0 & 1 & : & 0 & 1 & 2 \\ \{ \emptyset, \{ \emptyset \}, \{ \emptyset, \{ \emptyset \} \} & : & \{ \emptyset, \{ \emptyset \}, \{ \emptyset, \{ \emptyset \} \} \} \\ 0 & 1 & 2 & : & 3 \\ & & & & 4 \end{array}$$

En esta fórmula, que podemos considerar como la fórmula del 4, ¿qué sucede? Sabemos que es el último término de esta serie el que cuenta. Vemos que, en el 4, lo que está repetido, es el 3. Y vemos que el 3 repite él mismo el 2, aquí, que él mismo repite el 1, que él mismo repite el 0.

Pero lo que es importante, es que el 4 no es solamente la puesta entre paréntesis, la nominación del 3 que él mismo pone entre paréntesis y nombra el 2, etc... No es solamente la exposición, incluso repetitiva, es decir con paréntesis además, de lo que ya se daba en el 3. Es la puesta en un mismo conjunto del 3, ya como aplastamiento, como conjuntización de términos heterogéneos — es decir lo mismo que en el 2: el hecho de que haya el 0 y el 1, que sean puestos absolutamente sobre el mismo plano — en el 3, hay ya un aplastamiento del 0, del 1 y del 2, puesto que se los pone en un mismo conjunto. Y el 4, es aquí precisamente la puesta en relación en un mismo conjunto del 3 como aplastamiento, como esta conjuntización forzada, con los elementos que el 3 ha aplastado, separados del 3, fuera del 3. Es decir que es una repetición. Vemos que la parte de la derecha y la parte de la izquierda, son la misma cosa, aparte de que a la derecha hay más paréntesis.

Es aquí (entre el 2 y el 3) que hay como una barra de clivaje, lo que me permite decir que podemos ver en esta fórmula que si el 3, ya, es la designación de lo que ha pasado, de un pasaje-aplastamiento entre el 0 y el 1, y

del 0 y del 1 al 2, si el 3 es ya este aplastamiento — es decir una manera de designar lo que ha pasado de una ruptura anterior, de una ruptura que es precisamente el pasaje del 0 al 1, de una ruptura, es decir de un estallido de las partes de lo que ya se daba como conjunto — vemos que lo que se designa en la fórmula del 4, es precisamente esta designación misma, en tanto que podemos ver expuestos sobre el mismo plano, por una parte todas las partes de lo que forma ese 3, y por otra parte el 3 mismo. Es decir que el aplastamiento mismo, el hecho de poner unos paréntesis además, esto no es suficiente como resultado para dejar pregnante ese pasaje del 0 a su aplastamiento en el 1, del 1 a su aplastamiento en el 2, etc. No expresando más ese pasaje el 2 o el 1 como resultado, es preciso que en el conjunto constituido por el 4 estén presentes a la vez los términos separados de los diferentes pasajes y la serie de los pasajes-aplastamientos, para que el 4, como *suma*²² de todos esos pasajes imposibles pero efectivos, tome a su cargo, en su propia fórmula, la historia de la progresión que vemos aquí repetida, es decir, deje abierto lo que se plantea como cuestión, como irresolución en ese movimiento, es decir la insistencia en esta carrera de lo que, a través de los diferentes límites sucesivos que hacen de alguna manera oposición al pasaje del 0 al 1, del 1 al 2, etc., la insistencia a través de esos límites sucesivos de lo que se da como límite absoluto y que sería el *otra vez*.

Y si el 4, como aplastamiento totalitario, es decir como suma de todo lo que ha pasado antes que él, de todos los aplastamientos impotentes para acabarse, si el 4 deja abierta esta cuestión, esto es precisamente porque él mismo, en tanto que aplastamiento, respondiendo a esta falla que llama a un cierre imposible, no puede a su turno más que aplastarse otra vez, es decir reproducir la falla, particularmente en la nueva fórmula que lo incluye como elemento, es decir el 5, y que, para hacer esto lo confronta a todos sus elementos, todos los elementos que él contiene a su lado, para hacer surgir, entre todos esos elementos y su aplastamiento en el 4, la imposible identidad.

Bastaría por lo tanto con repetir todo lo que hay ahí, aquí, y volver a poner los paréntesis, para obtener el 5.

La imposible identidad, es lo que se repite en cada nuevo aplastamiento, con esto que, en lo que sigue, en la confrontación, en el interior del 4, del 3 constituido y de todos sus elementos, esto ya son unos aplastamientos que se aplastan otra vez un poco más, mientras que el paradigma del aplastamiento, se puede encontrarlo al comienzo, en el pasaje del 0 al 1, y este aplastamiento, hay que comprenderlo de manera completamente concreta, como el de Icaro, es decir que hay algo que emprende su vuelo y que se aplasta miserablemente, y que no se aplasta en el agujero que debía ser so-

²² *nominación*

brevolado, que se aplasta sobre el acantilado del otro lado, de alguna manera.

Podemos considerar entonces que entre un ordinal y otro, o más bien entre la nada *{le rien}* del conjunto vacío, \emptyset , y su inscripción en el 1, hay algo como una barrera, una frontera, o bien un agujero. Pero este agujero, no se puede alcanzarlo, exactamente en el sentido en que, como lo recordaba Lacan la última vez, como en el caso de Aquiles: se puede sobrepasarlo, pero no se puede alcanzarlo. Si una vez que se da un aplastamiento, éste se repite, esto es justamente porque lo que se plantea como frontera no ha sido alcanzado. Ella está siempre ahí, esta frontera, ek-sistente. No se está nunca en el entre-dos, entre-dos ordinales, sino siempre en uno o en el otro, siendo uno el conjunto que toma a su cargo pero no es contado él mismo, y siendo el otro lo que toma a su cargo al conjunto primero pero nunca es él mismo contado.

Es decir que el límite, pues, el límite del que hablo y que se atomiza, que se fragmenta en una serie de fronteras que jamás se pueden alcanzar y que entonces se reproducen, *se plantea*²³ como límite absoluto, es pues el Todo. El Todo, es decir algo que se sostiene todo solo, que no tiene necesidad de otra cosa y que es, para la filosofía, la *sustancia*, o aun la *sustancia de las sustancias*, es decir el ser.

JACQUES LACAN

— ¿Quién hace ese ruido?

FRANÇOIS RÉCANATI

— Es la lluvia. Llueve ahí arriba.

Este límite insiste como siempre en otra parte, y el pasaje que lo manifiesta como agujero entre algo y su soporte, ese pasaje ni un instante puede ser aprehendido como entre-dos. Se lo ve en lo que concierne al pasaje de lo finito a lo infinito, por ejemplo, pues, como lo he dicho, se puede plantear el más pequeño ordinal infinito, sin embargo, eso no se presenta de manera armoniosa como precedido justamente por el más grande finito o precedido por algo finito, porque este infinito no sería en consecuencia más que finito + 1. Entre los dos, hay verdaderamente este agujero que no ha podido ser alcanzado, y que se repite en consecuencia en la infinitización de los infinitos.

²³ *se oponen*

Dicho esto, esta insistencia de la que hablo, y que se manifiesta... esta insistencia del límite en tanto que está excluido, en tanto que ek-siste, más exactamente, no hace más que expresar que hay un foso entre el 0 y el 1. Pero es más bien su aplastamiento en el 2 el que implica un cierto desconocimiento de este foso, un rechazo {*refus*} verdaderamente, algo que se parece a una desmentida {*déni*} o a una denegación {*dénégation*}, es decir algo que participa pues de esos procedimientos inconscientes que en cierta manera desafían la lógica formal, puesto que ponen en juego el infinito, y poner en juego el infinito, es verdaderamente desarmar la mayor parte de los procedimientos de la lógica.

Cito un ejemplo que he leído en un artículo reciente sobre las matemáticas modernas, donde se decía que en una clase, de escuela, cuando se pide un ejemplo de conjunto infinito, nunca se ha respondido con algo como “los números enteros”, es decir, nunca se ha respondido numéricamente, sino siempre por medio de un conjunto finito, y un gran conjunto finito como “los guijarros de la Tierra” o algo así. Eso muestra bien que para lo que es justamente del número, hay algo que hace creer que eso puede detenerse, y al mismo tiempo es muy justo, porque eso no se detiene de detenerse. Pero si yo digo: “eso no se detiene de detenerse”, es precisamente eso, es decir, que eso no se detendrá jamás de detenerse.

El límite del que he hablado, podemos concebirlo en analogía con la muerte, con el silencio, y lamento no tener mucho tiempo para desarrollarlo, pero, en general, es aquello hacia lo cual converge el discurso; es decir que la repetición, es el *representamen* de la muerte. Y yo quisiera mostrar, tomando un mínimo de ejemplos, que en el sueño, por ejemplo, ya se lo ha dicho, hay algo que se manifiesta como “ecuación del deseo = 0”. Pero esta “ecuación del deseo”, está en más, está en suspenso. Es el que interpreta el sueño, quien dice: “es la ecuación del deseo”, quien sale del apuro para hacer 0. El sueño mismo, está en algo del 0. Es decir que eso se equilibra.

Al mismo tiempo, “ecuación del deseo = 0”, eso no se detiene evidentemente ahí. Eso no puede detenerse ahí, porque el sueño, justamente, continúa produciendo enunciados, ello continúa hablando. Y, por supuesto, ello bien quisiera ser igual a 0, pero para eso sería necesario que ello se callara, lo que no es el caso.

Ahora bien, el 0, si está inserto en esta ecuación, “ecuación del deseo = 0”, eso significa que está soportado, que está designado por la ecuación que lo produce como aquello en lo cual ella concluye.

Ahora bien, el hecho de que sea designado, que sea soportado, esto es propiamente la transformación, ya, de ese 0 en 1. El 0, cuando se le ponen corchetes, se vuelve 1. Ahora bien, es precisamente la tarea de la interpretación volver sensible, en ese 0, el 1 del que es portador. El 1, pues, en tan-

to que el 0 se manifiesta, en tanto que está designado, *se vuelve necesario que sobrevenga*²⁴. Y se puede comprender cómo sucede que la interpretación sea como un vagón añadido a una ecuación ya dada. Es que, precisamente, el sueño mismo, es el término último de la serie. Es por ejemplo el 1. Pero en tanto que se está en el 1, el 1 lleva enteramente, está focalizado sobre ese 0 que él inscribe, y si él mismo hace 1, es por otra cosa, es decir por la llegada de algo distinto que sucede en la interpretación.

Lo que se da como resistencia a la interpretación de un sueño en un análisis, esa especie de fastidio para hablar de un sueño, como si ya tal cual no estuviera mal, como si tal cual estuviera bien, y como si no fuera necesario añadirle nada, eso tiene que ver con la barra resistente a la significación, de la que se dice que separa el significante del significado.

De dejarse guiar, en la medida en que es cuestión de interpretación, por Peirce, si hay una oposición entre ellos, más bien que por Saussure, hay que recordar que el significado del que se habla, no es otra cosa que significante, pero en una serie, en el sentido en que, precisamente, hay funciones en esta serie, roles que se intercambian, y que se puede decir que efectivamente hay un rol de significado por relación a un rol de significante. Pero el significado, es un significante sumergido en la interpretación en el sentido de Peirce, y que se encuentra de alguna manera aplastado, minimizado, disminuído, singularizado en el surgimiento de otro significante, surgimiento de otro que permite, por esta confrontación, la misma que se ve en el ordinal, comprender que tenemos que ver con unidades de otro conjunto, con elementos de un conjunto más amplio.

Y este aplastamiento tiene lugar sin que lo que hace agujero entre los dos, en el surgimiento de ese nuevo significante entre los dos significantes, sea hablando propiamente producido. Pero es en la repetición de ese fenómeno, en su carácter infinito, que se da algo como el límite de la interpretación; y el límite de la interpretación, o de la significación para Peirce, es la hiancia de lo potencial, es decir algo que hay que poner en relación con el sujeto y, a reserva de ponerlo en relación con algo, se puede igualmente ver si hay que ponerlo en relación con lo que se llama el conjunto de todos los conjuntos. Porque el conjunto de todos los conjuntos, quizá sea precisamente ese potencial infinitamente silencioso del que habla Peirce y que se encuentra al comienzo y al final de toda serie. Decir que no existe, es también decir que ek-siste, como límite de toda inscripción, y también como grano de arena en la maquinaria de toda ecuación que quiere igualarse a 0, pues en el tiempo de este “igual a 0”, el 0 se produce como ese término y, en consecuencia, puede ser confrontado a algo diferente que se tomaría en la ecuación que le ha dado nacimiento y que lo singularizaría en otro conjunto más general en el cual figuraría a título de un elemento.

²⁴ *es entonces que se produce a partir del 1*

Si digo esto, es porque no hace mucho he escuchado a un analista declarar que, la mayor parte del tiempo, los futuros analizantes vienen a verlo para una entrevista preliminar a partir de que ha sucedido algo, es decir a partir de que un grano de arena, una cosita de morondanga, ha llegado a refrenar, ha llegado a volver insoportable una economía hasta entonces muy bien soportada. Ahora bien, ese grano de arena, no es otra cosa que *aquello de lo que²⁵ he hablado, es decir que se constituye por la toma en cuenta global de esta ecuación, de esta economía muy satisfactoria en su extrema singularidad, *que no es poca cosa, es decir en oposición²⁶ a algo diferente, que eventualmente se puede tomar del interior, en esta ecuación, y singularizar, es decir plantear como actualmente en frente de la ecuación toda entera.

Es suficiente que un solo trazo de la ecuación sea producido aisladamente para que quiebre el equilibrio de la ecuación misma, que era un equilibrio de repliegue sobre sí misma, y para que funcione como grano de arena. Es suficiente un ligero deslizamiento. No puedo aquí citar ejemplos, y es una lástima, pues eso aparece extremadamente bien, de un ligero deslizamiento, de un cambio de nivel completamente irrisorio, es decir de un transporte, de un transporte de lo que se da como ecuación en algo distinto, donde hay otros elementos que están en juego, para que esta ecuación satisfecha de sí misma, este conjunto cerrado, se convierta de pronto en otra cosa, es decir, para que uno se dé cuenta de que puede también funcionar como un elemento de otro conjunto, como parte de otro conjunto que puede precisamente ser el conjunto de todas sus partes como aquí lo vemos, es decir como un elemento de un conjunto donde el todo de la ecuación precedente figura al lado de cualquier cosa, al lado de cualquier trazo, y al mismo título que el conjunto vacío, por ejemplo.

No es de ningún modo que no pueda ser rebajado, estallado al rango de singularidad elemental en algo que se da como un conjunto más grande, es decir el conjunto de sus partes. Y esta singularidad, desde que se da, en un instante precisamente de fluctuación, esta singularidad llama también al aplastamiento, a la nivelación en un nuevo conjunto que le garantiza, a ella, esta nueva singularidad, un lugar propio, una función, algo como un empleo.

El pasaje de un conjunto al conjunto de sus partes, es entonces la desbandada de todo Todo. Pero esta desbandada toma formas singulares, desde que ella no tiene lugar, desde que no se produce la dispersión sino para volver a formar un nuevo todo, sino para volver a aplastarse inmediata-

²⁵ *ese 1 del que*

²⁶ *que no es nada más que oposición*

mente en un nuevo todo, es decir para que lo que se dispersa vuelva a consolidarse, pero de manera que no se vuelve al punto de partida sino, siguiendo una progresión, se consolida en otra cosa que, esta vez, forma un conjunto *más vasto*²⁷.

Quizá, en definitiva, la victoria va a la dispersión, en el sentido de que, si la imposibilidad de la repetición puede repetirse, la imposibilidad de la totalización no puede totalizarse, puesto que si se toma el conjunto de todos esos todo cuya totalización se rompe por su fraccionamiento en el conjunto de sus partes, si verdaderamente se constituye este conjunto de todos estos todo como de sus partes, entonces sufre el mismo destino, es decir que él mismo puede fraccionarse, lo que implica que nunca todos esos todos podrán totalizarse, sino en lo que sería otra cosa que el conjunto de sus partes, otra cosa que lo que se conoce de una totalización o de un aplastamiento posibles.

Vemos que las rupturas de conjuntos, esto conduce a la constitución de nuevos conjuntos, al aplastamiento; y estos nuevos conjuntos tienden, ellos también, a la ruptura. Lo que permite decir que, en definitiva, y no insistiré al respecto aunque sea importante, todo es una cuestión de ritmo. A un nivel así sea un poco general, no hay sistema sino por ruptura. Y lamento también no poder extenderme un poco al respecto, pero ha sido un error del lingüicismo contemporáneo el postular algo como una regulación intrasistemática en un *sentido*²⁸, sin plantear la función de algo que participa en un orden, función de un límite excluido.

JACQUES LACAN

— ¿Función de un...?

FRANÇOIS RÉCANATI

— Función de un límite excluido.

Algo como la interpretación de Peirce ha sido percibido en lingüística como solamente una parte de lo que, para Peirce, es la interpretación, es decir la posibilidad, por ejemplo, en un sistema, de pasar de un significante a otro, mientras que aquello sobre lo cual esta operación elemental se funda, es sobre un trabajo semiótico más esencial, y no haré más que mencionar-

²⁷ *compacto*

²⁸ *conjunto*

lo, que es precisamente, para un mismo significante o para un mismo conjunto de significantes, el pasaje de un sistema a otro de tipo diferente. Hay ahí algo como la torsión, el aplastamiento del significante; y por lo demás, es suficiente considerar el sueño para darse cuenta de lo que puede significar eso. Es decir, que la sobredeterminación debe comprenderse no solamente como la sobredeterminación semántica en un sistema, sino más propiamente como sobredeterminación semiótica, como posibilidad de un pasaje para un mismo significante de un sistema a otro, como aplastamiento del significante.

La observación de un proceso tal, ligado a algo diferente que es interesante y que voy a decir, la encontramos en Bacon quien, a partir de sus reflexiones sobre el lenguaje, fundó un procedimiento de criptografía.

Este procedimiento consiste en pasar de una letra interior a una letra exterior, y en hacer el trayecto en los dos sentidos, es decir en saltar una frontera que ese pasaje pone de relieve. No voy a insistir sobre aquello en lo cual hay cambio de sistema en Bacon, pero doy rápidamente el ejemplo de esto para ver otra cosa, que es propiamente lo que insistía en ese ejemplo de los ordinales, algo que volvemos encontrar en todas las encrucijadas, y que es particularmente algo como la omisión de los paréntesis, y que permite justamente el pasaje de la frontera, algo que tiene relación con la posibilidad de una sustitución de dos términos, es decir que, en la sustitución de dos términos, todo es función de los paréntesis. Y si uno se permite ignorar los paréntesis, o cambiar el lugar de los paréntesis o de los corchetes, en ese momento todo es posible. Es por otra parte lo que Frege le reprochaba a Leibniz, lo que le reprochaba haber hecho; y es lo que volvemos a encontrar en Bacon en su procedimiento de criptografía, cuyo ejemplo voy a darles rápidamente.

Se los digo antes de escribirlo: a cada letra del alfabeto — latino en este caso, o sea de veinticuatro letras — se hace corresponder un grupo de cinco letras. Un grupo de cinco letras corresponde a cada letra y este grupo está formado únicamente de *a* y de *b*, según una de las treinta y dos combinaciones posibles. Esto es el primer tiempo: es una interpretación simple.

En el segundo tiempo, está el mensaje que se va a transformar por el sesgo de esta transposición, mensaje que está únicamente en *a* y en *b*, y que se va a volver a transformar en alfabeto latino según otra interpretación, otra ley de transformación.

A	B	C
(aaaaa)	(aaaab)	(aaaba)

JACQUES LACAN

— ¿ ... ?

FRANÇOIS RÉCANATI

— La primera operación es por lo tanto ésta. Ahora, el fenómeno esencial del cambio de sistema, aunque yo no puntualizo que esto sea precisamente un cambio de sistema, sino lo que hace que haya interpretación de interpretación, es que una vez que se tiene un mensaje formado únicamente en *a* y en *b*, por la transcripción a partir de cada una de las letras en ese cuadro, se va a retranscribirlo en el alfabeto original latino, tomando no cada grupo de cinco *a* y *b*, pues esto sería propiamente volver a efectuar ese recorte que se trata de enmascarar, sino que se va a tomar cada letra, cada *a* y cada *b* separadamente, y a cada *a* y cada *b*, como son las dos únicas letras por las que está formado el mensaje medio, el mensaje frontera, podrá corresponder a cada una un número enorme de letras del alfabeto latino, particularmente, si se toma un alfabeto latino complicado con mayúsculas y con itálicas, cada letra apareciendo en mayúscula, mayúscula-itálica, minúscula, minúscula-itálica, se tendrá cuatro veces veinticuatro letras, y la *a* y la *b* tendrán cada una la mitad de esas letras como traducción posible, es decir que lo único que va a contar, será el *orden* de las letras del mensaje, en la medida en que el interlocutor, el decodificador, sabe que hay que cortar el mensaje en porciones de cinco.

Por ejemplo, uno se da una serie ordenada de manera muy simple de *a* y de *b*, en el orden de alternancia binaria,²⁹ y a continuación se hace corresponder el alfabeto común, lo he dicho, a cada *a* y cada *b*. Lo que hace que cada vez que se tenga una *a*, se podrá poner lo que se quiera que le corresponda, y cada vez que se tenga una *b*, será lo mismo. Lo esencial, será la posición de las itálicas y el orden general de las letras.³⁰

a b a b a b a b a b ...
A A a a B B b b C C c c ...

Ahora bien, lo que ha pasado entre los dos, es justamente que se ha hecho caer los paréntesis, esos paréntesis que reagrupaban los grupos de cinco.

²⁹ En la transcripción, “linéaire” (lineal), pero modifíco según el texto establecido por el propio Récanati (cf. el **Anexo 1** para esta clase, al final de la misma).

³⁰ Modifíco las transcripciones según el texto establecido por el propio Récanati (cf. el **Anexo 1** para esta clase, al final de la misma).

Se los ha hecho caer, y ahí está lo esencial. Dicho esto, lamento no tener el tiempo como para desarrollar este punto.

Lo que permite la ruptura y el estallido del que he hablado, es pues la estructura abierta de la ordenación, este hecho de que el término, el agente de la serie — es lo que yo decía al comienzo — está ausente de la serie que ordena, es decir que él no estará allí presente más que en el tiempo posterior. De esto, de esta ausencia, nace la posibilidad del desfase {*decalage*} que es la nueva objetivación de la serie entera.

Es muy sensible, en un relato de caso, que el grano de arena del que hemos hablado, si manifiesta un cambio de nivel, esto es porque lo que era propiamente el agente totalizante de la formación precedente, es decir lo que de alguna manera era los últimos paréntesis, el grano de arena de la formación precedente, eso se vuelve un elemento, eso es contado en la serie por un nuevo agente totalizante. Es claro entonces que el punto de fuga o el punto de caída de una formación en general, de una formación inconsciente por ejemplo, este punto está ausente de la formación en el nivel de lo designado, en el nivel de lo que ella designa, de lo que manifiesta, de lo que pone en escena. Es decir que se trata, a partir de lo designado, de hacer el camino de vuelta, de poner en evidencia estos paréntesis, de alguna manera, que están ahí pero que están ausentes.

Se puede tomar un solo ejemplo, como aquel de ese sueño en el que, verdaderamente, entonces, eso va de suyo, comentado por Freud en la época en que él buscaba por todas partes realizaciones de deseo, y en donde hay justamente una paciente que le sirve en bandeja un sueño en el que no hay deseo aparente. Uno puede romperse la cabeza, no se encontrará deseo, no se encontrará ecuación del deseo, ni realización del deseo. Pero Freud aquí, quien comprendió muy bien este proceso, dice: “y bien, justamente, su deseo, es que no haya deseo en el sueño, es decir, que yo esté equivocado”, lo que muestra bien que lo que está presente en el sueño es el 0, el “no hay deseo”, el “no hay ecuación”, etc... Pero este 0, está cercado dentro de los paréntesis, está inserto en el conjunto más general, como una parte de ese conjunto que representa el deseo en su generalidad. Es decir, que está soportado por un deseo, y el deseo, en tanto que tiene ahí la función de soporte, está ausente de lo designado, y corresponde a la interpretación hacer surgir ese 1 que estaba en estado potencial en el 0.

Hay algo, en la ruptura, que no quiere acabarse, lo que he llamado el desconocimiento, y que conduce a los sucesivos aplastamientos. Y el aplastamiento, no puede acabarse, no puede ser completo. Pero aquello hacia lo cual tiende el proceso, puesto que ya he hablado un poco de él, es el aplastamiento, el cercamiento de todo lo que puede suceder, es decir, de todas las rupturas, un aplastamiento completo que delimitaría y que acabaría la totalidad de las rupturas posibles. El conjunto de todos los conjuntos, es el

conjunto de todo lo que puede producir, por ruptura, un nuevo conjunto; y si está dicho que todo conjunto, por ruptura, da nacimiento a un nuevo conjunto, entonces el conjunto de todos los conjuntos se define como imposible.

Ahora bien, justamente, lo que es imposible, es cercar una ruptura, ponerla en caja, pues, desde que de una ruptura se produce un nuevo conjunto, esto es para rechazar, para desfasar la ruptura que, del nuevo conjunto, va a hacer todavía otro.

La ruptura jamás está *en* el conjunto, incluso si el conjunto sólo se sostiene por querer cercar la ruptura. Y el conjunto de todos los conjuntos, el que englobaría la ruptura, es imposible.

Y tras estos... preliminares, podemos decir que lo que pasa — puesto que vuelvo a mi punto de partida, que era la cuestión del “*a es a*” — lo que pasa entre un sujeto y la operación que lo objetiva, lo define o lo limita en la predicación, se relaciona con la categoría de lo que se sostiene a sí mismo.

Ahora bien, puesto que lo que sostiene algo no está sostenido sino por otra cosa, acabamos de verlo, la categoría de lo que se sostiene a sí mismo, parece que sea imposible. Pero si es imposible, esta imposibilidad misma puede tener efectos sobre la predicación, que no es otra cosa que un cercamiento soportado por lo que acaba de ser cercado. Y eso va de suyo si se considera que algo soporta su predicado, pero que el predicado, al mismo tiempo, va a tratar de cercar eso, de ligar lo que lo soporta.

Lo que hay de real en estos efectos podría aparecer un poco en cualquier parte. Sin duda, habría sido más atrayente ver lo que aparece de eso por ejemplo en la obra de Proust, pero, en fin, he tomado la *Lógica de Port-Royal*, porque, precisamente, es una teoría de la sustancia, es decir, de lo que se sustenta a sí mismo,³¹ y porque una teoría así no puede funcionar más que, pienso, sobre lo que acabamos de ver, incluso si es con el fin de reproducir sin cesar un desconocimiento.

Lo que me ha llevado a la *Lógica de Port-Royal*, donde encontramos un enredo de términos interesantes, como el signo, la predicación, la sustancia y el ser, es lo que ha sido dicho de una sección de predicado caracterizando al ser, pues en la *Lógica de Port-Royal*, la predicación elemental “el hombre es”, está allí considerada como la forma vacía de toda predicación,

³¹ El verbo *soutenir* puede traducirse tanto por “sostener” como por “sustentar”. Hasta ahora he venido traducéndolo como “sostener”, pero a partir de aquí, introducida la “sustancia”, pasaré a traducirlo como “sustentar”.

como si el predicado fuera, en ese caso, “no hay predicado”, “impredicable”.

Hay en la *Lógica de Port-Royal* una serie de objetos que se predicán justamente por no predicarse; y eso participaba a la vez de sus preocupaciones, jansenistas por una parte, y cartesianas por otra.

Yo desarrollo un poco esta historia del predicado y de la sustancia para mostrar que, si llevamos un poco al extremo estos conceptos que resultan ser una teoría de la sustancia, obtenemos algo que es más o menos lo que he dicho anteriormente.

Un predicado, es algo en el conjunto que está soportado por una cosa, una sustancia, siendo la sustancia lo que se sustenta a sí mismo.

La sustancia, es “lo que se concibe como subsistente por sí mismo y como el sujeto de todo lo que le concebimos”.

El predicado, es “lo que, estando concebido en la cosa y como no pudiendo subsistir sin ella, la determina a ser de una cierta manera y la hace nombrar tal”.

Estas son dos definiciones que encontramos al comienzo. Ahora bien, ya, a partir de ahí, hay algo que va a fallar, va a haber allí un punto de tropiezo que de alguna manera va a ser producido por el lenguaje corriente.

En la *Lógica*, está dicho que un nombre de sustancia, es muy naturalmente un “sustantivo” o “absoluto”, mientras que un nombre de predicado, es un “adjetivo” o “connotativo”. Ahora bien, el problema que se plantea, es que hay sustantivos que aparentemente no tienen nada que ver con las sustancias, que no son cosas, sustancias como la Tierra, el Sol, el fuego, el espíritu, que son los ejemplos dados de sustancias en la *Lógica de Port-Royal*. Es decir que, aparte de los sustantivos de los que acabo de hablar, también hay nombres que expresan cualidades connotativas, es decir nombres que participan de la predicación, por ejemplo “la redondez”.

Por una parte, se dice: “la idea que tengo de la redondez no me representa sino una manera de ser o un modo que no concibo que pueda subsistir naturalmente sin la sustancia cuyo modo es”. E inmediatamente después, se dice: “Las palabras que significan *primera* y *directamente* los modos, porque en eso tienen alguna relación con la sustancia, *también* son llamadas sustantivos y absolutos, como «dureza», «calor», «justicia», «prudencia»”.

Dicho de otro modo, es a partir de un punto de detalle bastante ridículo que se puede concebir — y eso se desarrolla en la *Lógica de Port-Royal* — que lo que primero ha sido modo, o, en el discurso, predicado, tras haber sido primera y directamente tal, basta con un cierto desfasaje para que eso

se vuelva a su turno sustancia, siendo la sustancia lo que se sustenta a sí mismo.

Ahora bien, este desfasaje, será preciso cercarlo, y van a ver ustedes que eso tiene relación con el conjunto de las partes de un conjunto. Es el pasaje, en el discurso, por ejemplo de un predicado: “redondo”, al sustantivo “redondez”. Ahora bien, participan de la redondez, está dicho, todos los objetos que pueden ser predicados “redondos”. Es decir que la “redondez”, para emplear otra expresión, es la extensión del predicado “redondo”. Y la extensión del predicado, no es un predicado, es una sustancia.

Lo que hace que, a partir de una extensión de predicado, obtengamos una sustancia — voy a profundizar este asunto — ustedes ven bien que una sustancia como tierra, sol, etc., es decir una colección de predicados, es un objeto al cual se remiten una multiplicidad de predicaciones posibles; mientras que una extensión de predicado, es propiamente un predicado que se sustenta de poder ser referido a una serie de objetos posibles que están en consecuencia en la posición de predicados de predicado — lo que hace que a partir de una extensión de predicado, obtengamos una sustancia, eso tiene algo que ver con el conjunto de las partes de un conjunto, y, especialmente, está dicho en la *Lógica de Port-Royal*, con que la abstracción, es lo que consiste en considerar las partes independientemente del todo del que ellas son partes; y está dicho que es así que se puede concebir el atributo, es decir el predicado, independientemente de la sustancia singular que lo soporta actualmente.

Se parte de un conjunto, una cosa, como conjunto de predicados, a la cual pertenecen, pero entonces inesencialmente, esos predicados. Se separan las partes, los predicados, de la cosa, y, a partir de ahí, de una manera en cierta forma mágica, se puede considerar una nueva sustancia, que es aquello por lo cual unos predicados singulares pueden tener relación con la unidad, independientemente de toda relación actual con una sustancia singular.

Hay pues un proceso que, a partir de la fragmentación de una unidad, conduce a otra unidad.

Hay que comprender que lo que se da al comienzo como sustancia, es decir como el objeto al que pueden remitirse una serie de predicados posibles, es la misma cosa que el primer *a* de “*a* es *a*”. Es algo potencial, es decir que eso se da como el soporte de todo lo que puede llegar como predicación, soporte potencial, es decir que funciona a nivel del todo, a nivel del cualquiera. Pero desde que algo es dado, desde que existe predicado, el soporte potencial se esfuma, es decir que desde que una palabra actual es dada, el soporte cesa de ser sujeto; es remitido a su predicado actual, como si él mismo no fuera más que un objeto pertinente para ese predicado, ampliándose ese predicado en extensión de predicado, es decir en valor in-

trínseco. Y es el predicado el que se vuelve soporte, sustancia en la extensión. Es decir que hay pues una inversión de los papeles.

La extensión de predicado, es un conjunto de objetos remitidos a un predicado. Los objetos predicán el predicado, mientras que en la sustancia potencial, eran todos los predicados posibles los que eran remitidos al objeto.

Ahora bien, lo que pasa entre esos dos tipos de sustancia, colección potencial de predicados y extensión de predicado, es del orden de lo que hemos visto a propósito de los ordinales — y me gustaría mucho que eso aparezca por sí solo.

La sustancia potencial, es un conjunto de predicados, y la extensión de predicado, es un conjunto de objetos.

Se hace salir de la sustancia potencial un predicado que ella contiene, que ella es supuesta contener, y se ponen la sustancia y ese predicado actual en relación, uno enfrente de la otra, en un nuevo conjunto, como ahí hemos puesto en relación al 3 como encierro de partes que encontramos justo al lado de sí mismo, todo eso en un mismo conjunto.

El predicado actual en un nuevo conjunto, puesto al lado de la sustancia potencial, es decir la designación de la designación que se efectuaba en la primera puesta en conjunto, es decir en la primera sustancia, eso es lo que da la extensión de predicado.

Ahora, si los predicados abstractos de la sustancia primera llegan a pesar de todo a hacer Uno, esto es gracias a la singularidad de lo que se erige como nueva sustancia, de lo que toma el relevo, es decir la extensión de predicado. Si empujamos un poco más la diferencia que funda el Uno, podemos muy bien interrogarnos: al considerar las extensiones independientemente de los predicados, ¿qué sustenta la extensión? Es decir que, si la extensión es el interpretante que sostiene a los predicados en su relación actual con las sustancias potenciales, ¿qué sostiene las extensiones, cuál es su interpretante en su relación con esa relación misma?

Vemos que en la medida en que, en el pasaje de la colección potencial de predicados a la extensión de predicado, hay una inversión de los papeles, desde un punto de vista formal, las dos sustancias son lo mismo. Es que si hay algo que soporta y algo que es soportado, incluso si en un caso es lo contrario que en el otro. Pero si añadimos a eso la dimensión propiamente histórica u ordinal, la que he tratado de puntualizar al comienzo, se obtiene que, en la constitución de un conjunto, hay algo como la sustantificación de un predicado, que es correlativo de la predicación de una sustancia. Y eso, es exactamente lo que hemos reconocido como ruptura-aplastamiento, en la interpretación.

Ahora bien, es posible que el juego de la colección — y podemos decir comprensión — y de la extensión, en la *Lógica de Port-Royal*, recubra la dialéctica de la ruptura y del aplastamiento. Y si ése es precisamente el caso, es evidentemente en un sentido muy particular que habrá que entender esta propiedad de la sustancia de soportarse a sí misma. Porque esta autonomía de la sustancia es, en consecuencia, muy relativa. Es decir que se sostiene en la relación diádica que la opone a lo que la predica, que la opone a su predicado. Es decir, que uno soporta y el otro es soportado. Pero si de la sustancia se predica y el predicado se sustantifica, eso significa que hay que considerar una relación triádica donde se establece algo como una reciprocidad “desfasada”, una reciprocidad discordante.

Si algo predicado se vuelve sustancia para soportar, en la extensión, objetos que, en el momento anterior, soportaban, en la colección, predicados, esta calesita puede también continuar todavía un poco, de tal manera que la extensión, a su vez, sea soportada por algo, por lo tanto, de lo que ella no sea más que el predicado. La relación *sustancia-predicado* se presenta como la de lo múltiple con lo singular, lo he dicho, y es lo mismo en un sentido y en el otro.

Tras la colección y la extensión, debe haber algo del orden de una colección de extensiones, es decir un conjunto cuyos elementos sean precisamente esas nuevas sustancias que son las extensiones, pero desustantificadas, tomadas como predicados de una sustancia superior que las soporta.

Ahora bien, esto es propiamente la categoría de los conjuntos supremos, porque, en la *Lógica de Port-Royal*, todo tiene un fin, y ahí se toca algo que tiene que ver con el ser.

La extensión de predicado, como sustancia, es lo que hace mantener juntos un sujeto y un predicado en una relación actual, es decir que, si en la relación diádica, el sujeto soporta el predicado, en la relación triádica, es la extensión de predicado la que soporta la relación diádica. La extensión como sustancia tiene pues la función del interpretante, ya lo he dicho.

Entonces, ¿cuál es el nuevo interpretante — repito esta pregunta — que soporta la relación diádica entre la primera relación diádica y la extensión como interpretante?

Si el término último de una relación serial la representa enteramente menos a sí mismo — y sin duda ustedes han observado que no paramos de trabajar con esta hipótesis — entonces, del mismo modo que el conjunto de las relaciones objeto-predicado, es decir la extensión, “hace las veces de”, e interpreta, esas relaciones, será el conjunto de todas las extensiones el que será el interpretante de la extensión. Es decir que si se repite el pro-

ceso, la extensión sustancializada del predicado va a desustancializarse y a ser remitida, como predicado, a lo que soporta toda extensión: el ser.

El ser, es lo único de lo que se dice que se soporta verdaderamente a sí mismo. Es decir que no es el predicado de nada. Una vez producido el ser como término de la serie, se puede hacer, se puede volver, se puede regresar hasta sustancias tales como la extensión, el pensamiento, y fundarlas. Comprendido esto, es a partir del ser que quizá va a captarse de manera más aguda lo que representa la predicación, pues hemos visto que, cada vez más cerca, es finalmente sobre el ser que se apoya la relación predicativa.

Del ser, en la *Lógica de Port-Royal*, se dice que “forma parte de esas cosas que no pueden en ningún caso predicarse” por la razón evidente de que, si fuera predicable, ese predicado que se le daría, si se lo sustantifica, será algo más vasto que el ser, y el ser será él mismo remitido como predicado a esta nueva sustancia que será la extensión de ese predicado. Ahora bien, el ser no puede ser un predicado, por lo tanto el ser no tiene predicado.

Cito a la *Lógica* a propósito del ser y el pensamiento: “No hay que pedirnos que expliquemos estos términos, pues están en el número de aquellos que son tan bien entendidos por todo el mundo que se los oscurecería al querer explicarlos”. Es generalmente lo que se dice desde que es cuestión de cosas así. Hablar del ser, es reducirlo a un ser menor, lo mismo que hablar del pensamiento, puesto que, si el pensamiento es el conjunto de todo lo que se puede pensar y de todo lo que se puede decir al respecto, forzosamente es algo más que todo lo que se podrá decir de él.

Al mismo tiempo, por este hecho de que el ser no podría ser predicado, y por ese otro de que el ser es el soporte de todo, de toda predicación, hay algo como una disyunción entre ese *ser* que no soporta nada, porque no puede ser separado de nada, y ese todo que no puede concebirse más que soportado por el ser. Pero esto no es disyunción más que al considerar, en un primer tiempo, al ser por una parte, los predicados por otra — vamos a ver que esta concepción es falsa — y si el ser es propiamente esa nada en el discurso, es el conjunto de todo el discurso, es decir lo que escapa al discurso, lo que lo constituye.

Desde este punto de vista, lo que escapa al discurso, es el discurso mismo, puesto que no hay discurso como puesta-en-conjunto, como aplastamiento, sino a fin de atrapar precisamente lo que le escapa.

Así, el ser, habrá ciertamente que situarlo tanto al comienzo del discurso, en el *no radical*, como al final, en el *otra vez {encore}*.

Ahora bien, la diferencia — y yo lo preciso — que hemos aislado entre la sustancia potencial como posibilidad de una predicación, y toda predica-

ción actual que rebaja la sustancia al rango de predicado vuelto sustancia, esta diferencia nos permite comprender lo que es el ser.³²

No es poco que un conjunto, como totalidad cerrada, por ejemplo el 3 que ustedes ven en el pizarrón, sea diferente del conjunto de lo que se puede inventariar como partes de ese conjunto. La sustancia como soporte, colección de predicados, comprende de manera potencial la serie de los predicados que le pertenecen, pero independientemente de ninguna actualización del predicado. Pues desde que se actualiza un predicado, desde que existe un predicado, al contrario, es de la expulsión fuera de la sustancia de un predicado que se trata, eso es una ruptura, la ruptura que, por desmembramiento, pone en relación a la sustancia con todo lo que ella soporta.

Ahora bien, es aquí que está el nudo del asunto, pues si hay una diferencia entre, por una parte, la puesta en relación, sobre el modo predicativo actual, de la sustancia con los predicados que la definen, y, por otra parte, la sustancia misma, en tanto que ella es supuesta no ser otra cosa que su relación con los predicados, el hecho de soportarlos, entonces habrá que concluir que la sustancia es otra cosa un soporte de predicados, otra cosa que aquello con lo cual se relacionan los predicados.

Pero sin embargo, en una sustancia — trato de apurarme, pero hay ahí un tejido lógico de proposiciones contradictorias — no hay otra cosa en la sustancia que unos predicados juntos, y eso, está dicho. Y no obstante, si se pone a la sustancia en relación, la sustancia como conjunto de predicados, en relación con esos predicados cuyo conjunto es ella, uno se encuentra frente, no a una simple redundancia, sino propiamente a una diferencia. Y lo que hay de más en la sustancia, lo que hace esa diferencia, el hecho de que los predicados estén juntos, no es simplemente una simple determinación suplementaria de los predicados. Pues está dicho en la *Lógica* que la sustancia se sostiene enteramente en esta diferencia entre el hecho de que los predicados estén juntos o no lo estén. Es decir que si se suprime la posibilidad de esta diferencia, ya no puede haber sustancia. Es decir que queda un universo de predicados, un universo indiferenciado de predicados, lo que Peirce llama “el universo del *quizá*”, que es también la “nada absoluta”, en la medida en que está dicho en la *Lógica* que, sin la sustancia, los predicados no se sustentan, no son más nada. La sustancia es lo que hace sostener algo, lo que permite relaciones, es decir lo que está en más {*en plus*} cuando los predicados están juntos.

Ahora bien, al mismo tiempo, no hemos cesado de constatar que ese “más” se sostiene en que un conjunto de predicados se convierte en un término singular, hace Uno, y que este término singular no forma parte de aquello

³² En este punto Recanati al revisar su exposición para publicarla añadió entre corchetes un desarrollo de cierta extensión. Cf. nuestro **Anexo 1** al final de esta clase.

de lo que es el conjunto en el momento en que designa aquello de lo que es el conjunto.

Así, la sustancia, es lo que, cuando un conjunto está dado, lo constituye y le falta, esto al mismo tiempo. Dicho de otro modo, lo que falta en un conjunto, es lo que lo constituye: la sustancia.³³

Ahora, si miramos lo que falta explícitamente en la *Lógica de Port-Royal* — porque está dicho: *hay algo que falta* — si consideramos lo que es, nos percataremos, desdichadamente o no, que eso no es la sustancia, justamente. Lo que falta es, en el conjunto, lo que, cuando no hay otra cosa que lo que falta, es equivalente a nada. Es una definición como cualquiera... Y está dicho en la *Lógica* que, si de ese todo, formado por la sustancia y los predicados, sacamos la sustancia, entonces no queda nada, porque los predicados y los atributos no existen sino porque hay sustancia.³⁴

¡Y vean! Ahí nos hemos embarcado verdaderamente en un corredor lógico del que no se puede salir, en una serie de proposiciones que nos arrastran. La sustancia no es otra cosa que los predicados más algo. Este “más” se define como faltante. Y los predicados son lo que solo no es nada, pero que se produce cuando la sustancia está dada. Es decir: los predicados no son nada sin algo, la sustancia, que no es otra cosa que la adición, a esos predicados supuestos contradictoriamente ya dados, de lo que de todos modos, en la suma, estará en falta.

La sustancia soporta los predicados, pero también, de una cierta manera, los predicados soportan a la sustancia, como a ese nada-otra-vez del que, por sustantificación, va a nacer la singularidad de una diferencia. Los predicados no son más que 0, la sustancia es lo que se agrega a 0 para hacer 1. Pero en este 1 constituido, no hay más que los predicados, es decir el 0, que aparece. Pues lo que hace 1, justamente, en la inscripción del 0, está ausente de lo que inscribe el 1, es decir de lo contenido, de lo designado por el 1, es decir el 0.

Estas contradicciones, entonces, que he puesto de relieve por medio de estas pocas fórmulas, parecen poder reordenarse a partir de la reintroducción del punto de vista ordinal que ha precedido al comienzo de esta consideración de la *Lógica de Port-Royal*, es decir la oposición entre la colección y

³³ En este punto Recanati al revisar su exposición para publicarla añadió entre corchetes otro breve desarrollo. Cf. nuestro **Anexo 1** al final de esta clase.

³⁴ *idem* nota anterior.

la extensión. Eso se comprende así: la sustancia soporta el predicado que, definido, lleva sobre la sustancia.

Ahora, vamos a tomar todas las proposiciones contradictorias una por una y a no aceptar más que una a la vez. Es la mejor solución. Después, todo va a marchar.

Siendo la sustancia lo que falta, el predicado es un efecto de falta, lo que lleva sobre una falta, la envoltura de una falta. Pero, por otra parte, el predicado no es nada sin la sustancia, y es imposible diferenciar la sustancia del predicado actual como manifestación de la sustancia faltante.

Sin embargo, puesto que está dicho que el predicado no es nada sin la sustancia, y puesto que está dicho que no hay sustancia, que ella falta, entonces, como hay predicado, uno está forzado a deducir que el predicado es la sustancia. Puesto que sin la sustancia, no hay predicado, el predicado debería no ser nada; ahora bien, eso da 1, lo que implica que este 1 del predicado, no es el predicado sino, hablando propiamente, la sustancia.

Ahora bien, eso no se comprende más que a partir de ese punto de vista ordinal que es la cuestión de una sustantificación del predicado.

El predicado, que se supone que no es nada sin la sustancia, si se manifiesta como algo, este algo como diferente de la nada del predicado es fozosamente la sustancia. Es decir que en la extensión del predicado, el predicado está sustantificado, es decir que el predicado, en la extensión, va entonces a hacer las veces de sustancia de manera puntual, para algo que va a hacer las veces de predicado, es decir los objetos de la extensión. Y, al mismo tiempo... ahora hay sustancia, ahora bien, se supone que ella falta.. al mismo tiempo, desde que la segunda clase de predicados es producida, la operación se repite. Y lo que en el primer tiempo hizo las veces de la sustancia, esto va a faltar como sustancia, puesto que, por la operación que he puntualizado, eso va a aplicarse como predicado al nuevo término que aparece como una sustancia provisoria. Pero esto al infinito. Es decir que, desde que una sustancia está dada, ella se inscribe actualizándose por los predicados que se le aplican, pero desde que los predicados se actualizan, la sustancia se relaciona con esos predicados que adquieren un valor sustancial que es la extensión. Es decir que es imposible para la sustancia estar a la vez dada e inscripta al mismo tiempo.

La sustancia puede entonces definirse muy bien como lo que falta y como lo que constituye el conjunto.

Por una parte, un predicado se apoya sobre el primer predicado que hace las veces de sustancia, para definirlo, para identificarlo, para predicarlo; y por otra parte, el primer predicado-sustancia, remitido en esta relación al segundo que adquiere una extensión, desaparece en tanto que sustancia,

soporte, para no devenir más que un elemento en la extensión del predicado segundo, y conferirle el relevo de esta función de sustancia — la sustancia es una función — que éste transmitirá a un tercer predicado, etc.

Vemos que la primera sustancia, la que es supuesta estar al comienzo, la sustancia potencial, es completamente mítica. Lo que cuenta, es este juego de relevos, es la relación actual de predicación que, vuelta posible por la sustancia potencial, la inscribe y la transforma en término, en predicado en una relación, estando entendido que el último término de la relación desempeña a su turno el papel de sustancia, es decir falta en la relación, y no se inscribe sino para devenir otra cosa que sustancia, es decir, predicado.

Las sustancias sucesivas — y termino con esto — son pues la serie de las encarnaciones transitorias de lo que falta y que sostiene toda pseudo-sustancia como envoltura de la falta: el ser. El ser, es precisamente lo que soporta todo discurso en tanto que el discurso es lo que se produce sobre los bordes del agujero que constituye. El ser es pues a la vez lo que está antes del discurso, lo que produce el discurso, y lo que está después, el fin de todo discurso, su punto de convergencia, su límite.

En la *Lógica de Port-Royal* — quisiera situar las cosas — no es una teoría del discurso lo que podemos encontrar. Al contrario. Pero, en la medida en que es lo contrario, hay algo como esta teoría que insiste, en el seno mismo de ese discurso que es sostenido; mientras que el proyecto inicial de Port-Royal, era construir un metalenguaje, y que esto es dicho especialmente, por el contrario, algo insiste en Port-Royal, a pesar de Port-Royal, es decir, eso adquiere sus efectos a partir de lo siguiente, que desde que el ser es presentado como lo que no puede ser predicado — como conjunto de todo lo que puede ser atribuido, está dicho que es más que todo lo que puede ser atribuido — esta impredicación del ser es presentada en una fórmula ya elocuente. Se dice: “El ser es *impredicable*”. Ahora bien, justamente, “*impredicable*”, ése es quizá el primer predicado que, en su ensayo de significar lo imposible, no haría más que repetirlo, por el hecho de exponer su propia vacuidad, y que por eso traza de un solo golpe el límite de lo que es posible y de lo que no lo es.

Esto en el sentido de que lo posible, lo potencial, es lo que es imposible de efectuar, es lo que no puede darse sin transformarse y cambiar de función; mientras que lo imposible, es lo único que puede realizarse, dejando abierto lo que funda esta imposibilidad, es decir esa hiancia, pues el tipo de realización de lo imposible deja hiancia la imposibilidad, como por ejemplo en eso de la “predicación de lo impredicable”.

Termino sobre algo que nos llevaría un poco más lejos, pero no tengo ganas de concluir, es decir de cerrar este discurso que no era más que un preliminar: el lenguaje, es lo que representa el ser para la palabra, es decir que

la palabra está en la posición del interpretante, entre el árbol y la corteza, del mismo modo que lo finito, es lo que se teje entre dos infinitos.³⁵

(Aplausos)

JACQUES LACAN

— Concluiré con estas cuatro o cinco palabras que saqué hace un momento: ¡con el tiempo, eso sale!

**establecimiento del texto,
traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

**para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**

8-11-10

³⁵ Al contar en este caso con un texto de puño y letra de François Recanati, mediante el cual éste revisó, corrigió y amplió su propia intervención, al establecer por mi parte el conjunto de la sesión del Seminario, he optado, por relación a la transcripción de su exposición oral, por prestar menos atención a las variantes ofrecidas por los distintos textos-fuente, y privilegiar en cambio, ante las discordancias, el texto redactado.

FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 1ª SESIÓN DEL SEMINARIO

- **JAM/S** — Jacques LACAN, LE SÉMINAIRE livre XX, *Encore*, Éditions du Seuil, Paris, 1975. Texto establecido por Jacques-Alain Miller. Es la fuente de la edición castellana de Paidós. De esta versión, hemos incorporado en nota al pie los títulos de los capítulos, así como las indicaciones temáticas que los preceden, obra de J.-A. Miller.
- **GT** — *Encore*, texto fotocopiado, firmado en París, en 1986. En su prefacio, firmado por G. Taillandier en 1985, éste afirma haber tenido en cuenta, además de la versión que estableció en 1972-73 con S.D. a partir de los registros magnetofónicos de las sesiones, la de M. Chollet, codificada **CHO**, y la que se suele denominar **JL**.
- **VR** — *Encore, Séminaire de Jacques Lacan*, Versión VRMNAGRLSOFABYPMB. Este ensayo de puesta en escritura de este seminario ha sido realizado por VRMNAGRLSOFABYPMB. Las fuentes utilizadas fueron las notas de CC, DA, EP, la estenotipia para las cuatro primeras sesiones, la versión Gabbay y los registros en cassettes de audio. Versión completa en francés. Con fragmentos de registros sonoros. Publicada en la página web *Acheronta*, Revista de Psicoanálisis y Cultura, www.acheronta.org
- **ALI** — Jacques LACAN, *Encore*, Séminaire 1972-1973, Éditions de l'Association lacanienne internationale. Publication hors commerce, France, janvier 2009.
- **STF** — Jacques LACAN, *Encore*, 1972-73. Este documento de trabajo tiene por fuentes principales: *Encore*, sténotypie datée de 1981; la versión crítica establecida por la E.L.P. y la banda de sonido de las sesiones disponible sobre el site de Jacques Siboni: Lutecium. Se encuentra esta versión en: <http://staferla.free.fr/>
- **JAM/P** — Jacques LACAN, EL SEMINARIO libro 20, *Aun*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1981. Traducción de Diana Rabinovich, Delmont-Mauri y Julieta Sucre, la revisión de la traducción es de Diana Rabinovich con el acuerdo de Jacques-Alain Miller. Su texto-fuente es el que hemos denominado **JAM/S**, que no puede ser culpado de todos los errores de esta desdichada versión castellana, errores que comienzan, como lo señalamos en nuestro *Prefacio*, desde su mismo título. No hemos confrontado sistemáticamente esta versión.
- **PyO** — François RÉCANATI, *Predicación y ordenación*, texto de la intervención pronunciada el 12 de Diciembre de 1972 en el Seminario del Doctor Lacan, publicada en el n° 5 de la revista *Scilicet*. Traducción de Ricardo E. Rodríguez Ponte para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. (Este texto se añade a la presente *Versión Crítica* de esta segunda clase del Seminario como **Anexo 1**.)

PREDICACIÓN Y ORDENACIÓN

François Récanati

**Texto de la intervención pronunciada el 12 de Diciembre de 1972
en el Seminario del Doctor Lacan^{1, 2}**

La razón pura requiere que busquemos para cada predicado de una cosa el sujeto que le conviene y lo mismo para éste, que de nuevo no es necesariamente sino predicado, su sujeto, y así al infinito... pues la naturaleza específica de nuestro entendimiento consiste en pensar todo discursivamente, es decir por medio de conceptos, por lo tanto únicamente por medio de predicados, a los cuales debe por consiguiente faltar siempre el sujeto absoluto.

Kant, *Prolegómenos*.

Doy las gracias al doctor Lacan por darme la palabra una segunda vez, tanto más cuanto que esto va a introducirme en mi tema, que no deja de tener relación con la repetición. Recuerdan ustedes que el año pasado³ yo había intentado mostrar que la repetición no se produce sino en el tercer tiempo, el del Interpretante: en efecto, para que haya repetición, es preciso algo que se repita, y algo no se da, no se inscribe, sino al término de un proceso del orden de una repetición; la re-

¹ Luego de su intervención en la segunda clase del Seminario 20, *Encore*, F. Récanati redactó la misma, corrigiéndola en algunos lugares y añadiéndole algunos párrafos, que se indicarán oportunamente, para su publicación en el número 5 de la revista *Scilicet*. Como estaba establecido en esa revista, los artículos, salvo los de Lacan, no llevaban firma. Nosotros la restituimos.

² Para acceder a la intervención de Récanati sin correcciones ni añadidos, pero con las intervenciones de Lacan que ocasionalmente la escandieron, véase: Jacques LACAN, Seminario 20, *Otra vez / Encore*, 1972-1973, *Versión Crítica* de Ricardo E. Rodríguez Ponte para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, clase 2, del martes 12 de Diciembre de 1972.

³ Récanati se refiere a su intervención en el Seminario de Lacan del año anterior, *...ou pire*, clase del 14 de Junio de 1972.

petición reclama la posición previa de un objeto, la que es ella misma el efecto de una repetición. Esto se parece a un círculo lógico, pero de hecho se trata más bien de una espiral, pues el término de llegada y el término de partida, no se puede decir que sea lo mismo. Lo que está dado, es que el término de llegada es el mismo que el término de partida, pero el término de partida mismo no es ya “el mismo”. El se vuelve “el mismo”, pero sólomente *après coup*.

Hay pues dos repeticiones a considerar, disimétricas. La primera es el proceso por el cual un objeto se inscribe: la inscripción de un objeto, es su identificación, *la declinación de su identidad* — expresión que marca bien que, cuando la identidad de un objeto es declinada, ella declina. La tautología inicial “*a es a*”, de la que Wittgenstein dice que es un golpe de fuerza desprovisto de sentido, es sin embargo lo que instituye el sentido: la pertinencia de un objeto *a* reposa sobre su repetición bajo una forma muy particular, la del predicado. En el “*a es a*”, *a* se presenta ante todo como el soporte indiferenciado, completamente potencial, de todo lo que pueda llegarle como determinación; pero, desde que una determinación efectiva le es dada, desde que es de existencia que se trata y no de cualquiera de todas sus determinaciones posibles, hay precisamente, entonces, una suerte de transmisión de poderes, en tanto que lo que debía hacer función de soporte, en este caso ese *a* indeterminado, ese *a* potencial, se encuentra marcado por el hecho de que, de golpe, está el ser que se intercala entre él y él mismo: es decir que él mismo se repite, y se repite bajo la forma de un predicado. Entre los dos está el verbo “ser”, que ya registra esa disimetría esencial que hace la diferencia entre el círculo y la espiral. La tautología no es un viajecito en forma de bucle, un trayecto nulo, cuyos puntos de partida y de llegada serían semejantes, sin que un obstáculo en el curso del trayecto permita inscribir, interpretar la excursión. Si *a* se repite en la predicación, es que un *intermediario* es instituido, el que simboliza la distancia entre lo universal y lo singular, entre lo posible y la existencia, entre el primero y el segundo *a* del “*a es a*”. Pues, desde entonces, *a* participa de algo consistente, el ser, como posibilidad de toda determinación predicativa, de toda repetición. El primer *a*, sujeto, soporte, en su vacuidad potencial, de todo lo que puede llegar, en el tiempo que la existencia más indeterminada le es conferida, cesa de ser él mismo, es remitido a lo que funda su existencia actual, a lo que lo soporta: el ser. Soporte de toda determinación posible, *a*, desde que se trata de existencia, de una determinación efectiva, se vuelve soportado. Esta función de soporte, que es la del sujeto indeterminado, se transmite, en la determinación, al nuevo término de la serie, desde que es suministrado por la repetición. La transmisión de esta función de soporte es, para el “sujeto”, una especie de disminución, pues, en la relación que realiza aquello de lo que él es el proyecto, él es sobrepasado, englobado, para ya no figurar allí más que a título de lo que predica la predicación... Voy a volver sobre esto.

Que se retenga simplemente que la “primera repetición”, que repite la indeterminación inicial, determina esta indeterminación, así fuese como tal; e incluso si se plantea que la repetición del vacío no es nada, nada de más, incluso si se dice que en el límite eso es imposible, habrá algo asegurado: esta imposibilidad, por ejemplo. Kierkegaard dice: “lo único que se repite, es la imposibilidad de la

repetición”. Es decir que entre el objeto y el representamen, hay un agujero que hace al objeto y al representamen inenganchables en su relación, pero también ese agujero es algo que insiste, y que permite fundar una “verdadera” repetición: repetición de la imposibilidad o repetición del agujero. El Interpretante es lo que toma a su cargo este desfasaje, esta recuperación: si el cero, en la declinación de la identidad, se inscribe como Uno, entonces hay algo que falla en la identificación. Y el cociente de la identidad del cero, lo que pasa entre cero y Uno, es todavía cero. El Interpretante dice: después de esta operación de pasaje del cero al Uno, no se sabe más sobre el cero; no es él lo que el Uno ha inscripto, sino solamente el hecho de esta inscripción inadecuada. El cero sigue siendo cero para el Interpretante, lo que había allí de indeterminado es siempre indeterminado. Pero el Interpretante es lo que encarna esta relación desfasada, imposible. Ha habido efectua-ción de esta imposibilidad que no era más que potencial, y la imposibilidad inscripta en el Interpretante es el primer término de esta existencia de la que el cero era portador. Basta con que la repetición se manifieste como imposible, para que ella se vuelva posible, como dice Kierkegaard, a título de repetición de esta imposibilidad. Lo que es importante, es que la nada *{le rien}*, la imposibilidad que se da como tal para el Interpretante, desde que el Interpretante mismo está dado como lo que la encarna o la inscribe, esta imposibilidad permite a un nuevo Interpretante asegurar algo que no es nada; y esto, a partir del Interpretante inicial considerado desde el exterior como la solidificación de esta inexistencia antes flúida, como su inscripción. Lo que escapaba en la relación objeto-representamen, lo que impedía que esa relación fuese algo distinto que nada, está como aprisionado en el Interpretante. Pero este aprisionamiento es relativo, pues, ¿es lo mismo el desvanecimiento de la relación objeto-representamen y su domesticación en el Interpretante? Ciertamente no, y lo que escapaba en la primera relación, reaparece en la relación entre el primer Interpretante y el segundo: el mismo desajuste, la misma inadecuación. La relación entre la imposibilidad y su significante, es *otra vez {en-core}* imposible, y un tercer Interpretante toma a su cargo, inscribe esta imposibilidad, con, seguramente, el mismo desajuste y la misma inadecuación, que se repite infinitamente. Es pues la imposibilidad del punto de partida, la imposibilidad de la repetición, la que funda la serie de las repeticiones de la imposibilidad.

Esta imposibilidad que instituye el desfasaje de donde se origina la repetición, es la imposibilidad para algo de ser ese algo y de inscribirlo al mismo tiempo: la existencia de algo no se inscribe más que por otra cosa, y por consiguiente no se inscribe sino cuando es otra cosa la que es dada, es decir en el momento en que ese algo cuya existencia se inscribe cesa de existir por el hecho de esta inscripción. Esta disyunción no es otra que la que pasa entre el ser y el ser predicado. Es por esto que mis reflexiones toman su punto de partida en lo que ha dicho la última vez Lacan de la “sección de predicado”, como caracterizando el ser.

“Sección de predicado”, eso hace sentir la recurrencia en que se construye lo que se supone que soporta toda predicación: el ser. Lo que soporta los predicados, es lo que está después de toda predicación, es decir lo que está ausente *en* la predicación. La ausencia de ser es pues, de una cierta manera, lo que porta los predicados, lo que implica también que los predicados no son predicados sino de esta ausencia.

Que el predicado pueda ser cortado, implica una cierta partición elemental, como si el predicado estuviera listo para desprenderse, a partir de una frontera dada en puntillado. No insisto al respecto, salvo que va de suyo que no es por haber cortado el corte que se va a encontrar lo inseccionable: el problema queda entero, el de un corte del que uno no sabe cómo desembarazarse.

Pero la sección, es también hacer dos de lo que era uno: ése es al menos el sentido que Groddeck da a un concepto de su metafísica, la *sexión*, que él escribe con una *x*, para recordar lo que debe a Platón, no al *Parménides*, sino al *Banquete*. Ahora bien, hay varios discursos en el *Banquete*, particularmente el de Aristófanes y el de Diotima tal como lo reproduce Sócrates. En los dos, no es sino cuestión de corte y de frontera. El Amor, dice Diotima, es lo que, en todas partes donde hay dos, hace oficio de frontera, de medio, de *Interpretante* (éste es el término de Platón).⁴ Pero, precisa Diotima, es imposible que lo que funciona como Interpretante tenga los mismos atributos que lo que cae bajo el golpe de la relación de interpretación. El Amor no es bello, añade ella, pues lo que cae, como serie, bajo el golpe del Amor, lo que es objeto del Amor es bello, y el Amor no aprovecha de las atribuciones que confiere. Ese es pues, hablando propiamente, un carácter de esta instancia de seriación, un carácter del Interpretante que nadie, entre los polemistas presentes en la asamblea del *Banquete*, vuelve a poner en cuestión. Sobre este punto al menos, que es el que nos interesa, Aristófanes no dice otra cosa: los hombres, en el origen, tenían cuatro brazos y cuatro piernas, dos rostros, dos sexos; eran redondos, podían ir por todas partes, ver por todas partes. Porque se volvieron arrogantes, Zeus los ha cortado/acoplado *{coup(l)és}*⁵ en dos, y para humillarlos, ha vuelto sus rostros hacia el lado del corte, para que al verlo el hombre se vuelva modesto. El resultado, es que el hombre ya no puede mirar detrás suyo: no ve sino adelante, lo que lo precede. Es eso propiamente lo que instaaura el corte: el fin de todo, o más bien el fin del todo, pues faltará siempre a toda serie el término mismo de la seriación.

Esto es también lo que hace el ordinal: un nombre de nombre *{nom de nom}*. Cada ordinal es un nombre de nombre, salvo quizá el primero, que es el nombre del no *{nom du non}*. Más: es porque el primer ordinal no es un “nombre

⁴ Nota de F. Récanati: “El Amor es un *μεταξύ* *{metaxu}* (*intermediario, elemento tercero*) por quien, en la instantaneidad (*εξαίφνης* *{exsaiphnes}*) de un corte (*τόμη* *{tomé}*), brota la interpretación (*ἑρμηνευτική* *{hermeneutiqué}*), o incluso: *μαντική* *{mantiqué}*, *la interpretación adivinatoria* — término que Platón, en otro diálogo, dice que está derivado del griego antiguo *μανική* *{maniqué}*, *el delirio*.”

⁵ Condensación entre *coupé*, “cortado”, y *couplé*, “acoplado”, “emparejado”.

de nombre” — por el hecho de que no hay nombre que lo precede, puesto que es el primero — que los otros aparecerán como tales. En efecto, desde que se le da un nombre a lo que no lo tiene, se instituye un *plus* — y este *plus* que se dice, va a ser necesario, no tanto reabsorberlo, sino identificarlo, darle un nombre. Ahora bien, este nombre, enteramente focalizado sobre esta misteriosa antecedencia, sobre ese “sin nombre” {*pas de nom*} inicial, deberá a su turno ser nombrado, es decir fundado en su relación a la existencia primordial, por un Interpretante que, como nombre de nombre, será a la vez el nombre de la relación y el nombre del primer nombre, que subsume potencialmente a la relación. Nombrar, es poner el punto de lo que precede en la serie, pero este punto, como nombre de nombre, participa de la serie, y precede a algo por venir: el *otra vez* {*encore*}, innombrable porque no precede a nada que no sea él mismo. El *otra vez* es el índice del infinito, pero el infinito está ya ahí en la homofonía del nombre {*nom*} y el no {*non*}: que haya un nombre del no, es decir que el nombre no es más que la propagación de un no más radical, por ser, antes de toda nominación, infinito.

Entre el *no* inicial y el *otra vez*, está el nombre: toda ordenación se apoya sobre estos dos límites. Es la relación entre los dos la que me interesa.

El sistema de la nominación es la envoltura de lo imposible de partida, envoltura que, en su relación a lo imposible, no se sostiene más que del *otra vez*, que es el índice de la trascendencia de lo imposible por relación a toda envoltura. Si lo imposible es lo que dice no, es preciso entenderlo así: como la denegación radical que por ser *ya* infinita, se ríe del juego lógico de su manipulación irrisoria: la repetición predicativa que objetiva la negación, por ejemplo para negarla, no dice con ello más que lo que se da ya en la denegación: el infinito más uno, eso es irrisorio, no cuenta con respecto al infinito: ni siquiera le hace, al infinito de la denegación, una cosquilla.

Esto, entre paréntesis, nos lleva a pensar que, incluso si lo que yo he llamado “manipulación lógica sobre fondo de infinito” a su vez se vuelve infinito, eso no va a cambiar nada en el signo, cimentado por lo infinito, de la denegación inicial: una “contra-infinitización *après-coup*” no va a curar el infinito a golpe de infinito, para dar de pronto lo finito o algo como el sí. Por el contrario, eso se va a volver peor {*pire*}, pues lo que en la nominación puede *volverse* infinito, no es lo mismo que lo que está ya ahí como infinito en lo que yo llamo esta denegación inicial, puesto que lo que, en la manipulación lógica, viene como infinito, es la *nominación del infinito*, mientras que lo que está ya ahí como denegación infinita, es lo que infinitiza toda nominación: es el *infinito de la nominación*.

Lo que hace que la nominación del infinito será una nominación como las otras, puesto que ella estará también sujeta a esta infinitización que está ya ahí, que parte de una fuente que está en el comienzo. Es decir que esta “nominación del infinito” no va a cambiar nada, y aunque uno pueda proponer ω , el más pequeño ordinal infinito, eso no se detendrá ahí: continúa en el conjunto de las partes de ω , en los alephs, etc... Hay que continuar, pasar una infinidad de veces al infinito,

y una infinidad de veces esta infinidad, *otra vez*, como si lo que quisiera alcanzarse fuera el *otra vez* mismo.

El *otra vez* es el límite de la expansión del *no* radical. Es en la relación entre los dos que me introdujo aquello sobre lo cual voy a volver, la sección de predicado. Pues la sección de predicado, es a la vez lo que está *después* de toda predicación, una vez que todos los predicados han sido dados (cuando se puede decir “no hay más”), y es también lo que, antes de toda predicación, la soporta. Pero también, este “después” y este “antes” — que son el mismo — son lo que constituye, lo que sostiene la predicación como la envoltura de una imposibilidad que insiste en su existencia. Esta imposibilidad, es propiamente la imposibilidad de la predicación, la imposibilidad de suministrar todos los predicados, de ponerlos juntos sin que al menos uno se separe como representando en la existencia la imposibilidad.

Consideremos el ordinal: él nombra el nombre del que lo precede. Esto implica: 1° que un ordinal no se nombra a sí mismo, sino que es nombrado por su sucesor; 2° que a cada ordinal pertenece la suma mecánica de *todos* los ordinales que lo preceden en la serie, cada uno nombrando a su precedente. Esto implica también una discordancia esencial entre el nombre y el nombre de nombre, lo que yo llamo un efecto de aplastamiento. Pues lo que viene a “identificar” al cero (como, por ejemplo, “elemento único del conjunto «idéntico a cero»”), en la definición del cero, se da como el predicado de cero: \emptyset es “lo que es el elemento único del conjunto de sus partes”. Se sabe bien que, en este predicado, algo *en más* está dado, que cambiamos de nivel: la prueba, es que el cero y este uno, que sin embargo no es más que la “identificación” del cero, eso hace dos. Pero no obstante, y esto es lo que llamo el efecto de aplastamiento, ese cero y ese uno que no tienen nada que ver, que no se sitúan para nada en el mismo nivel, se los reúne, se los pone juntos como elementos del conjunto constituido por el ordinal “dos”. El representamen no tiene con el objeto ninguna relación posible, puesto que, entre los dos, hay un agujero, pero este agujero está como colmado cuando se encarna en el Interpretante. Si entre dos términos una relación es *imposible*, es suficiente inscribir, significar la imposibilidad, para que esta inscripción cimente la relación, y *rechace* la verdadera imposibilidad por una muesca, pues ella reaparece en la relación imposible entre la imposibilidad y su significante, el Interpretante, relación imposible que a su vez es subsumida bajo otro Interpretante. *La imposibilidad no es significada, ella se repite, y la significación es el residuo de la repetición de la imposibilidad.*

Tomemos la fórmula desarrollada del ordinal 4:

$$\begin{array}{ccccccc} 0 & 0 & 1 & : & 0 & 1 & 2 \\ \{ \emptyset, \{ \emptyset \}, \{ \emptyset, \{ \emptyset \} \} : \{ \emptyset, \{ \emptyset \}, \{ \emptyset, \{ \emptyset \} \} \} \} \\ 0 & 1 & 2 & : & 3 & & \\ & & & & & & 4 \end{array}$$

en esta fórmula está repetida la fórmula del 3, con lo que el 3, que repite él mismo la fórmula del 2, etc., es, en el conjunto constituido por el 4, puesto en relación regresiva con aquello cuyo representamen es, con lo que él repite. El 4 es la puesta entre paréntesis, la nominación del 3, el que a su vez nombra al 2, que nombra al 1, que nombra al cero... Pero el 4, y esto es lo que es interesante, no es solamente la exposición, incluso repetitiva (con paréntesis además) del 3, es la puesta en un mismo conjunto, del 3 como conjunto que comprende ya el 0, el 1 y el 2, del 3 como aplastamiento, conjuntización de los términos heterogéneos de la progresión, con esos mismos elementos *fuera* del 3, separados, independientemente de su inserción en el 3.⁶ En el ordinal, en este caso el 4, todo es repetido, el pasaje-aplastamiento del 0 al 1 y la serie de esos pasajes sucesivos hasta aquel del 2 al 3, con lo que, es evidente, *el aplastamiento no es suficiente, como resultado, para dejar pregnante el pasaje del 0 autónomo a su inclusión en el 1, el cual, solo, ya no expresa este pasaje*: es preciso que en el conjunto constituido por el 4, estén presentes a la vez los términos separados de los diferentes pasajes, y la serie de los pasajes-aplastamientos, para que el 4, como suma de los pasajes imposibles pero efectivos, tome a su cargo en su propia fórmula la historia de la progresión; para que *deje abierto* lo que, en esta historia, concluyendo en él se plantee como cuestión, como irresolución, insatisfacción o imposibilidad, es decir la insistencia en esta carrera coja de lo que, a través de los sucesivos límites, se plantea como límite absoluto: el otra vez. Y si el 4, como aplastamiento totalitario, como suma de todos los aplastamientos impotentes para consumarse, deja abierta esta cuestión, es precisamente porque él mismo, en tanto que aplastamiento, *respondiendo* a esta falla que llama a un cierre imposible, no puede más que aplastarse, es decir reproducir la falla en la nueva fórmula que lo incluye como elemento, el 5, y que para hacer esto lo confronta a todos los términos cuyo aplastamiento ha operado, dejando aparecer, entre la serie de esos términos (el 0, el 1, el 2 y el 3) y su suma en el 4, la imposible identidad.

La imposible identidad es lo que se repite a cada nuevo aplastamiento: con lo que, en la confrontación, en el interior del 4, del 3 constituido y de cada uno de sus elementos separados, estos son ya aplastamientos que se aplastan otra vez un poco y que repiten todos los aplastamientos iniciales. El paradigma del aplastamiento se encuentra más bien al comienzo, en el pasaje de 0 a 1. El aplastamiento debe comprenderse como el de Icaro: algo emprende su vuelo, y vuelve a caer miserablemente. Consideremos que hay entre dos ordinales, o más bien entre la nada *{le rien}* del \emptyset y su inscripción en el 1, algo como una frontera, un agujero: se puede contornearla, o más exactamente, como en el caso de Aquiles, que Lacan recordaba la última vez, se puede sobrepasarla, pero no se puede alcanzarla. Si, una vez que un aplastamiento es dado, él se repite, esto es precisamente porque el límite no ha sido *alcanzado*, porque él está siempre ahí, exsistente. No se está jamás *en* el entre-dos, el entre-dos ordinales, sino siempre en uno *o* en el otro, sien-

⁶ Nota de F. Récanati: "Si el 3 es la *designación* de los términos (0, 1, 2) cuyo aplastamiento opera, el 4 es la *designación de esta designación*: o sea la puesta de relieve del aplastamiento como ruptura".

do uno el conjunto que toma a su cargo pero no es él mismo todavía contado, y siendo el otro lo que cuenta, lo que toma a su cargo al primero siempre sin ser él mismo contado. Este límite del que hablo, y que se repite, pues jamás es alcanzado, es pues ese *todo*, ese algo que se sostiene solo, y que es, para la filosofía, la sustancia, o más aún la sustancia de las sustancias, el ser. Este límite insiste como siempre en otra parte, y el pasaje que lo manifiesta como agujero entre algo y su soporte, este pasaje, ningún instante, no puede ser comprendido como entre-dos: se lo ve en lo que concierne al pasaje de lo finito a lo infinito, pues se puede plantear el más pequeño ordinal infinito — sin embargo no será armoniosamente precedido por ningún ordinal finito, puesto que no sería ya, desde entonces, sino finito + 1, es decir, evidentemente, no un infinito. No hay, entre lo finito y lo infinito, sino un salto de frontera del mismo tipo, un efecto de la frontera excluida, un efecto de infinito.

Pero esta insistencia del límite en tanto que existe, no expresa para nada el foso radical que hay entre, por ejemplo, el 0 y el 1; el aplastamiento de estos en el dos implica un cierto desconocimiento, un cierto rechazo {*refus*}, algo como una desmentida {*déni*} o una denegación {*dénégation*}, que participa en todo caso de esos procedimientos inconscientes que poniendo en juego lo infinito se oponen a la lógica formal. El hecho de que en una clase (de escuela), cuando uno pregunta un ejemplo de conjunto infinito, no se le responda nunca con el conjunto de los enteros, muestra suficientemente que hay ahí algo que hace creer que *eso puede detenerse*: quizá, eso pueda detenerse, pero entonces, eso no se detendrá *jamás* de detenerse.

Se puede concebir el límite como siendo la muerte, el silencio: aquello hacia lo cual converge el discurso. La repetición es el representamen de la muerte. En el sueño, por ejemplo, si, por una parte, algo se manifiesta como ecuación, “ecuación del deseo = 0”, eso no se detiene ahí. Uno no puede atenerse a eso cuando, el sueño mismo, continúa produciendo, cuando ello continúa hablando. Ello querría ser igual a cero, pero para esto sería necesario que ello se calle. Ahora bien, el cero, en la ecuación, es designado, es soportado, está de alguna manera aplastado en el 1 que representa la ecuación en su generalidad. Si se pone entre paréntesis el conjunto “ecuación del deseo = 0”, esto da 1. Aquí está la función de la interpretación, que es volver sensible este 1 del que el cero, en tanto que *se manifiesta*, en tanto que es designado, es portador. El hecho de que sea designado, que sea soportado, ya es propiamente la transformación de ese 0 en 1. El 0, cuando se le ponen corchetes, se vuelve 1. Ahora bien, el sueño mismo, en su materialidad, es el término último de la serie: por ejemplo el 1. Pero, en tanto que se está *en* el 1, lleva enteramente, está focalizado, sobre ese 0 que él inscribe; y si él mismo se hace 1, es por otra cosa, que debe llegar en la interpretación, o sea un nuevo término, a su vez último, en la serie. La resistencia a la interpretación del sueño en el análisis (esa especie de fastidio de hablar de un sueño, como si tal como estaba fuera suficientemente *satisfactorio* como para tener que quedar inmodificado) no es otra cosa que esa “barra resistente a la significación”, de la que se dice que separa el significante del significado. De dejarse guiar, en la medida en que es cuestión de interpretación, por Peirce más bien que (si entre ellos hay oposición) por

Saussure, hay que recordar que el significado del que se habla, no es otra cosa que significante; pero en una serie, en el sentido precisamente en que hay funciones en esa serie, roles que se intercambian, si es cierto que se puede efectivamente distinguir un rol de significado por relación a un rol de significante. El significado, es un significante sumergido en la Interpretación en el sentido de Peirce, y que se encuentra de alguna manera aplastado, minimizado, disminuído, singularizado en el surgimiento de otro significante; surgimiento de otro que permite, por esta confrontación, la misma que se ve en el ordinal, comprender que estamos frente a un *desplazamiento*, para la constitución de un conjunto más amplio. El significante antecedente es aplastado en la interpretación, en el surgimiento de un nuevo significante — sin que lo que hace agujero entre los dos, ese silencio que caracteriza al sujeto, sea, hablando propiamente, producido: insiste, pero en su existencia, en su rechazo {*réjection*}. Para Peirce, el significado es el significante sumergido en el proceso de Interpretación, y el *límite* de la Interpretación o de la “significación”, es la hiancia, es decir el sujeto, al cual se puede quizá dar otro nombre: conjunto de todos los conjuntos.

El conjunto de todos los conjuntos, quizá no es sino el *potencial* infinitamente silencioso. Decir que no existe, es decir que existe, como límite de toda inscripción, y también como grano de arena en la maquinaria de toda ecuación que quiera igualarse a cero. Un psicoanalista, un día, subrayaba que muchos venían a verlo desde que un *grano de arena* había refrenado, había vuelto insoportable una economía hasta entonces muy bien soportada. A lo cual se le respondió lo que debía ser dicho: que se trata ahí de un grano de arena *de estructura*. El grano de arena es bastante grueso, si se considera que se constituye por la toma en cuenta global de esta economía o de esta ecuación, en su extrema singularidad, que no es poca cosa. Es suficiente un ligero deslizamiento, un cambio de nivel irrisorio, para que de pronto aparezca, en un conjunto nuevo, que esta ecuación satisfecha de sí misma, este conjunto cerrado, puede también funcionar como parte en otro conjunto, como un *elemento* de un conjunto donde el *todo* de la ecuación precedente figura al lado de cualquier cosa y al mismo título que el conjunto vacío, por ejemplo. De ningún modo es que no pueda ser estallado, ser rebajado al rango de singularidad elemental, singularidad que desde entonces llama al aplastamiento, a la nivelación que, en un nuevo conjunto, le garantiza un lugar propio, un alojamiento, si no un empleo.

Esa es una operación capital: el pasaje de un conjunto al conjunto de sus partes, es la desbandada de todo Todo, pero esta desbandada adquiere formas singulares cuando no tiene lugar más que en la formación de un nuevo todo, en el aplastamiento inmediato de lo que acaba de dispersarse, en el interior de un nuevo conjunto. Quizá, en definitiva, la victoria va a la dispersión: pues, si la imposibilidad de la repetición puede repetirse, la imposibilidad de la totalización no puede totalizarse; en efecto, el conjunto de todos los todos, cuya totalización se rompe por su fraccionamiento en el conjunto de sus partes, si verdaderamente se constituye, como todo, de todos esos todos como de sus partes, entonces le corresponde

el mismo fraccionamiento; y esas partes dispersas que se vuelven los todos rotos, jamás podrán totalizarse sino en lo que sería *otra cosa* que el conjunto de esas partes, *otra cosa* que lo que se conoce de una totalización o de un aplastamiento posible.

Las rupturas de conjuntos preludian el aplastamiento, la constitución de nuevos conjuntos que tienden también hacia la ruptura. Todo es, en definitiva, una cuestión de ritmo. A un nivel, así sea un poco general, no se trata de sistema sino de ruptura, y eso ha sido uno de los errores del lingüicismo contemporáneo, como postular una regulación intrasistemática de conjuntos, sin plantearla función de un límite excluido. Por cierto, el fundamento de la *Interpretación* desde el punto de vista lingüístico es la sustitución, el pasaje en un sistema de un significante a otro. Pero aquello sobre lo cual se funda una tal operación elemental, es un trabajo semiótico más esencial, observado por los que estudian los mitos, y que consiste, para un mismo significante o para un mismo conjunto significativo, en pasar de un sistema a otro, en saltar una frontera, que ese pasaje pone de relieve. La sobre-determinación debe entenderse no como semántica sino como *semiótica*, como posibilidad de un cambio de nivel sistemático y aplastamiento del significante. Se encuentra la observación de un proceso así en Bacon, quien funda sobre la polivocidad sistemática del significante arbitrario un principio de criptografía, cuyo procedimiento consiste en saber pasar de una *letra exterior* a una *letra interior*, en saltar una frontera en los dos sentidos. No voy a insistir sobre aquello en lo cual hay cambio de sistema en Bacon, pero doy rápidamente un ejemplo de esto para ver otra cosa que es propiamente lo que insistía en ese ejemplo de los ordinales, algo que se encuentra en todas las encrucijadas, y que es particularmente la omisión de los paréntesis: o sea lo que permite el pasaje de la frontera y que tiene relación con la posibilidad de una sustitución de dos términos.⁷ Si uno se permite ignorar los paréntesis, cambiar el lugar de los paréntesis o de los corchetes, en ese momento todo es posible: es por otra parte lo que Frege reprochaba a Leibniz, y es lo que se vuelve a encontrar en Bacon en su procedimiento de criptografía, cuyo ejemplo voy a darles rápidamente.

A cada letra del alfabeto (latino en este caso, o sea de veinticuatro letras) se hace corresponder un grupo de cinco letras, grupo formado únicamente de *a* y de *b*, según una de las treinta y dos combinaciones posibles. Este es el primer tiempo, una interpretación simple.

En el segundo tiempo, está el mensaje que se va a transformar por el sesgo de esta transposición, mensaje que está únicamente en *a* y en *b*, y que se va a re-transformar en alfabeto latino, según otra interpretación, otra ley de transformación.

El fenómeno esencial del cambio de sistema, aunque yo no puntualizo que esto sea precisamente un cambio de sistema, sino lo que hace que haya interpreta-

⁷ Nota de F. Récanati: "Sobre las relaciones de la ordenación y de la sustitución, cf. el artículo de E. Borel, «Antinomia del Transfinito»".

ción de interpretación, es que una vez que se tiene un mensaje formado únicamente en *a* y en *b*, por la transcripción de cada una de las letras del primer mensaje, se va a retranscribirlo en el alfabeto original latino, tomando no cada grupo de cinco *a* y *b* (pues esto sería volver a efectuar ese recorte que se trata de enmascarar), sino cada letra, cada *a* y cada *b*, separadamente; y a cada *a* y cada *b*, como son las únicas dos letras de las que está formado el mensaje medio, el mensaje frontera, podrá corresponder un número enorme de letras del alfabeto latino: si se toma un alfabeto latino complicado con mayúsculas y con itálicas, apareciendo cada letra en mayúscula, mayúscula-itálica, minúscula, y minúscula-itálica, se tendrá cuatro veces veinticuatro letras, y la *a* y la *b* tendrán cada una la mitad de esas letras como traducción posible, es decir que la única cosa que va a contar será el *orden* de las letras del mensaje, en la medida en que el interlocutor, el decodificador, sabe que hay que cortar el mensaje en porciones de cinco.

Por ejemplo, uno se da una serie ordenada de manera muy simple de *a* y de *b*, en el orden de alternancia binaria, y en seguida se hace corresponder, ya lo dije, el alfabeto común a cada *a* y a cada *b*. Lo que hace que, cada vez que se tenga una *a*, se podrá poner lo que se quiera que le corresponda y, a cada vez que se tenga una *b*, será lo mismo. Lo esencial será la posición de las itálicas y el orden general de las letras.⁸

Ahora bien, lo que ha pasado entre los dos, es justamente que se ha hecho caer los paréntesis, esos paréntesis que reagrupaban los grupos de cinco.

Lo que permite la ruptura y el estallido del que he hablado, es entonces la estructura abierta de la ordenación, el hecho de que el término, el agente de la serie, el paréntesis que limita la ecuación, está ausente de la serie que él ordena, para no estar allí presente sino en el tiempo posterior.

De eso nace la posibilidad del desajuste que es la nueva objetivación de la serie entera. Es muy sensible, en un relato de caso, que el grano de arena del que hemos hablado, si manifiesta un cambio de nivel, es porque lo que era propiamente el agente totalizante de la formación previa a la irrupción del grano de arena, se

⁸ Nota de F. Récanati: “Primera transformación: (transcripción del alfabeto latino en alfabeto bilingüe).”

A	B	C	D	E	F	...
aaaaa	aaaab	aaaba	aaabb	aabaa	aabab	

Segunda transformación: (transcripción del alfabeto bilingüe en alfabeto latino complicado).

a	b	a	b	a	b	a	b	a	b	...		
A	A	a	a	B	B	b	b	C	C	c	c	...

Cf. Bacon, *Dignidad y crecimiento de las ciencias*, libro VI”.

vuelve elemento, objeto de la nueva formación: es claro que el punto de fuga o el punto de caída de una formación inconsciente está ausente de la formación a nivel de lo que ella designa, manifiesta o pone en escena. Se trata de hacerlo aparecer. ¿El mejor ejemplo no es aquel de ese sueño comentado por Freud, en el que todo deseo, toda realización de Deseo parecía estar desterrada, en tanto que el deseo de la paciente era precisamente que su sueño no expresara ningún deseo, y que Freud quedara en falta? Se ve que el “nada a nivel del Deseo” que caracteriza a este sueño no es más que el término de una demostración más general, donde el todo de la ecuación particular de ese sueño no es más que un término en la ecuación del Deseo. Lo que en el sueño está presente, es el cero, el no hay deseo, el no hay ecuación, etc. Pero este cero, está cercado dentro de los paréntesis, está inserto como una parte del conjunto más vasto que representa el deseo en su generalidad. Es decir, que está soportado por un deseo, y el deseo, en tanto que tiene ahí función de soporte, está ausente de lo designado, y corresponde a la interpretación hacer surgir ese Uno que estaba en estado potencial en el Cero.

Hay algo, en la ruptura, que no *quiere* acabarse, y que conduce a los aplastamientos sucesivos; y el aplastamiento no puede acabarse, ser completo: pero eso hacia lo cual tiende el proceso, como hacia un límite excluido, es el aplastamiento, el cercamiento de todo lo que puede pasar, es decir de todas las rupturas: un aplastamiento completo que delimitaría y acabaría la totalidad de las rupturas. El conjunto de todos los conjuntos es el conjunto de todo lo que puede producir por ruptura un nuevo conjunto, y si está dicho que todo conjunto por ruptura da nacimiento a un nuevo conjunto, entonces el conjunto de todos los conjuntos se define como imposible: ahora bien, justamente, lo que es imposible es cercar una ruptura, ponerla en caja: pues desde que, de una ruptura, se produce un nuevo conjunto, esto es para rechazar, desfasar y reproducir la ruptura que del nuevo conjunto hace otro; la ruptura no está jamás *en* el conjunto, y el conjunto de todos los conjuntos, el que englobaría la ruptura, es imposible.

II

Después de estos preliminares, se puede decir que lo que pasa — puesto que vuelvo a mi punto de partida, que era la cuestión del “*a es a*” — entre un sujeto y la operación que lo objetiva, lo define o lo limita en la predicación, se relaciona con la categoría de lo que se sostiene a sí mismo. Ahora bien, puesto que lo que sostiene algo no está sostenido sino por otra cosa, como se acaba de verlo, la categoría de lo que se sostiene a sí mismo parece ser imposible. Y si es imposible, esta imposibilidad misma puede tener efectos sobre la predicación, la que no es otra cosa que un cercamiento soportado por lo que quiere ser circundado.

Lo que hay de real en estos efectos podría aparecer un poco en cualquier parte. Indudablemente, habría sido más atractivo decir lo que aparece de esto, por ejemplo, en la obra de Proust; pero, en fin, he tomado la *Lógica* de Port-Royal

porque, precisamente, es una teoría de la sustancia, es decir, de lo que se sustenta a sí mismo,⁹ y porque una teoría así no puede funcionar más que, pienso, sobre lo que se acaba de ver, incluso si es con el fin de reproducir sin cesar un desconocimiento.

Lo que me ha llevado a la *Lógica* de Port-Royal, donde se encuentra un enredo de términos interesantes, como el signo, la predicación, la sustancia y el ser, es lo que se ha dicho de una sección de predicado como caracterizando al ser; pues en la *Lógica* de Port-Royal, la predicación elemental “el hombre es” es allí considerada como la forma vacía de toda predicación, como si el predicado fuera en este caso “no hay predicado”, “impredicable”.

Un predicado es algo que está soportado por una *cosa*, es decir una sustancia, por lo que se sustenta a sí mismo.

La sustancia es “lo que se concibe como subsistente por sí mismo, y como el sujeto de todo lo que se le concibe”.

El predicado es: “lo que estando concebido en la cosa, y como no pudiendo subsistir sin ella, la determina a ser de una cierta manera, y la hace nombrar tal”.

Un nombre de sustancia es llamado “sustantivo o absoluto”, un nombre de predicado: “adjetivo o connotativo”.

Primer problema: hay dos tipos de “sustantivos”, de los que uno parece participar más bien del predicado: a) los nombres que representan cosas: Tierra, Sol, Espíritu, Dios; y b) *los nombres que expresan cualidades connotativas son, también, sustantivos.*

Por una parte, “la idea que tengo de la redondez no me representa sino una manera de ser, o un modo que no concibo que pueda subsistir naturalmente sin el cuerpo del que es redondez”. Pero, *por otra parte:* “los nombres que significan *primeramente y directamente* los modos, porque en eso tienen alguna relación con las sustancias, son *también* llamados sustantivos y absolutos, como dureza, calor, justicia, prudencia”.

Dicho de otra manera, lo que es ante todo modo, o, en el discurso, predicado, esto, después de haber sido *primeramente y directamente* predicado, basta un cierto desfase para que esto se vuelva a su vez sustancia, lo que se sustenta a sí mismo.

⁹ El verbo *soutenir* puede traducirse tanto por “sostener” como por “sustentar”. Hasta ahora he venido traducéndolo como “sostener”, pero a partir de aquí, introducida la “sustancia”, pasaré a traducirlo como “sustentar”.

¿Cuál es este desfasaje? Es el pasaje, en el discurso, del adjetivo *redondo* al sustantivo *redondez*. Ahora bien, participan de la redondez todos los objetos que pueden ser predicados redondos. Es decir que la *redondez* es, para emplear otra expresión, la *extensión del predicado: redondo*, el conjunto de todos los objetos que pueden ser así predicados.

Lo que es esencial en este deslizamiento del adjetivo al sustantivo, es que *la extensión de un predicado no es un predicado, es una sustancia*, una Idea en el sentido de Platón. Aparte de las primeras sustancias, Tierra, Sol, Espíritu, hay quizá una segunda categoría de sustancias, la extensión de predicado: dureza, calor, justicia, prudencia.

Lo que hace que a partir de una extensión de predicado se obtenga una sustancia, tiene algo que ver con el conjunto de las partes de un conjunto. Está dicho, en la *Lógica* de Port-Royal, que la *abstracción* es lo que consiste en considerar las partes independientemente del Todo del que son partes. Es así que se puede concebir el atributo, es decir el predicado, independientemente de la sustancia singular que lo soporta: se parte de un conjunto, de una cosa, a la que pertenecen unos predicados, se separa las partes — los predicados — de la sustancia, y, a partir de ahí, se puede considerar una *nueva sustancia*, que es aquello por lo cual unos predicados singulares separados pueden tener relación con la Unidad, independientemente de toda relación actual con una sustancia singular. Hay pues un proceso que hace que una fragmentación a partir de una “unidad” conduce a otra unidad.

Este proceso es el siguiente: la “sustancia”, para Port-Royal, es la misma cosa que el primer *a* del “*a es a*”: el primer *a* se da como sujeto, soporte de todo lo que puede llegar como predicación: soporte *potencial*, es decir que funciona a nivel del todo, del cualquiera. Pero, desde que un “existe” es dado, el soporte potencial se esfuma: desde que una palabra, una predicación actual se produce, el sujeto cesa de ser sujeto, es remitido a su predicado como “objeto pertinente para el predicado”, y es el predicado el que se vuelve soporte, sustancia, en la extensión.

La extensión de predicado es un conjunto de objetos relacionados con un predicado: los objetos predicán el predicado, mientras que en la sustancia potencial son todos los predicados posibles los que estaban relacionados con un objeto. Lo que pasa entre las dos sustancias — colección de predicados como sustancia *potencial*, y extensión de predicado como nueva sustancia — es del orden de lo que hemos visto a propósito de los ordinales. La sustancia potencial es un conjunto de predicados, y la extensión de predicado es un conjunto de objetos. Se hace salir de la sustancia potencial un predicado que ella contiene, que es supuesta contener, y se pone la sustancia y este predicado actual en un nuevo conjunto, que da la nueva sustancia: extensión de predicado — de la misma manera que se efectuaba en la ordenación lo que hemos llamado: designación de la designación, o sea la puesta-en-conjunto forzada de un conjunto ya constituido y sus partes dispersas, por ejemplo el 3 y sus elementos, cuya cohabitación explosiva se ha visto que era suficiente para producir el conjunto superior, aquí el 4.

Si los predicados abstractos de la sustancia primera llegan a pesar de todo a hacer Uno, esto es gracias a la singularidad de esta nueva sustancia que constituye una extensión de predicado. Ahora, uno puede aumentar todavía un poco la diferencia que funda el Uno e interrogarse: si se consideran las extensiones independientemente de los predicados, ¿qué es lo que sostiene la extensión? Es decir que, si la extensión es el interpretante que sostiene los predicados en su relación actual con las sustancias potenciales, ¿qué es lo que sustenta las extensiones, cuál es su interpretante en su relación con esa relación misma? Aquí, es necesario precisar las propiedades de las sustancias.

La colección de predicados es aquello a lo cual pertenecen series de predicados distintos que en esta sustancia se reúnen y se unifican. La cosa, como sustancia, es un conjunto de predicados. Se ha visto, por el contrario, lo que es la extensión de predicado: lo contrario, es decir no un conjunto de predicados relacionados a la unidad de una cosa, sino un conjunto de objetos relacionados a un predicado. En cierta manera, un conjunto de predicados es una cosa, y un conjunto de cosas es un predicado. Sin embargo, si hay una estricta equivalencia entre cosa y sustancia, y entre predicado y modo, entonces hay que considerar que, en la extensión de predicado, son los objetos los que están en la posición de predicar el predicado, y es el predicado el que es propiamente la sustancia. A ese nivel, ya no hay diferencia formal entre colección de predicados y extensión de predicado. Pero si se añade a esto la dimensión histórica u ordinal, se obtiene que, en la constitución de un conjunto, hay algo como la sustantificación de un predicado, correlativa de la predicación de una sustancia. Y eso, es lo que hemos reconocido como ruptura-aplastamiento en la Interpretación. Quizá el juego de la colección (o comprensión) y de la extensión recubre la dialéctica de la ruptura y del aplastamiento, en la *Lógica* de Port-Royal. Si éste es el caso, es en un sentido muy particular que hay que entender esta propiedad de la sustancia, de sustentarse a sí misma. Esta autonomía de la sustancia es muy relativa, se sostiene en la relación diádica que une la sustancia y el modo, el sujeto y el predicado: uno soporta, el otro es soportado. Pero si la sustancia se predica y el predicado se sustantifica, eso significa que hay que considerar una relación triádica, donde se establece una suerte de reciprocidad desajustada, discordante.

Si el predicado se vuelve sustancia para soportar, en la extensión, objetos que en el tiempo anterior soportaban, en la colección, predicados, ¿no puede continuar esta calesita para que la extensión sea a su vez soportada por algo de lo que ella no sea sino el predicado? La relación sustancia-predicado se presenta como la de lo múltiple a lo singular: multiplicidad de los predicados para un objeto, y luego multiplicidad de los objetos para un solo predicado. El primer término corresponde a la colección, el segundo a la extensión. Tras la colección y la extensión, debe haber una colección de extensiones: es decir un conjunto cuyos elementos sean esos conjuntos que hemos llamado extensiones, pero desustantificados, tomados como predicados, de este conjunto general que soporta toda extensión.

Tocamos la categoría de los conjuntos supremos; en la *Lógica* de Port-Royal, las mejores cosas tienen un fin. La extensión de predicado, como sustancia, es

lo que hace mantener juntos un sujeto y un predicado, es decir que si, en la relación diádica, el sujeto soporta el predicado, en la relación triádica, es la extensión de predicado la que soporta la relación diádica: la extensión como sustancia tiene entonces la función del Interpretante. Ahora, ¿cuál es el nuevo Interpretante que soporta la relación diádica entre la primera relación diádica y la extensión como Interpretante? Si el término último de una relación serial la representa enteramente menos a sí mismo (y no cesamos de trabajar sobre esta hipótesis), entonces, del mismo modo que el conjunto de las relaciones objeto-predicado (la extensión) hace las veces de, e interpreta, esas relaciones, es el conjunto de todas las extensiones el que será el Interpretante de la extensión.

Si se repite el proceso, la extensión sustancializada del predicado va a ser relacionada *como predicado* a lo que soporta toda extensión: el ser. El ser es la única cosa que se soporta a sí misma, es decir que no es el predicado de nada. Una vez producido el ser como término de la serie, puede hacerse una regresión que funda sustancias tales como la extensión y el pensamiento. Es también regresivamente, a partir del ser, que va a comprenderse lo que representa la predicación, ya que hemos visto que, cada vez más cerca, es sobre el ser que se apoya la relación predicativa.

El ser forma parte de esas cosas que no pueden predicarse, pues si fuera predicable, la sustantificación de ese predicado en la extensión quebraría la universalidad del ser. Del ser y del pensamiento se dice en la *Lógica*: “No hay que pedirnos que expliquemos estos términos, porque son del número de aquellos que son tan bien entendidos por todo el mundo que se los oscurecería queriéndolos explicar”. Hablar del ser, es reducirlo a un ser menor, del mismo modo que hablar del pensamiento, puesto que si el pensamiento es el conjunto de todo lo que se puede decir, él es *algo más* que todo lo que se pueda decir de él.

Por este hecho de que el ser no podría ser predicado, y por ese otro de que el ser es el soporte de todo, hay una disyunción radical entre este ser que no soporta nada porque no es separable de nada, y este Todo que no puede concebirse más que soportado por el ser (“aunque todo lo que está en Dios sea Dios mismo, uno no deja de concebirlo como un ser infinito, y de considerar la infinitud como un atributo de Dios y el ser como sujeto de este atributo”). Pero esto no es disyunción más que al considerar que de una parte está el ser, y de la otra los predicados. Ahora bien, si el ser es propiamente esa “nada en el discurso”, es el conjunto de todo el discurso, es decir lo que escapa al discurso: lo que escapa al discurso, es el discurso mismo, puesto que no hay discurso (puesta en conjunto, aplastamiento) más que a fin de alcanzar lo que precisamente le escapa. Así, el ser, es tanto al comienzo del discurso que hay que situarlo, en el *No* inicial, como al final, en el *otra vez*.

La diferencia que hemos aislado entre la sustancia potencial, como “posibilidad de una predicación”, y toda predicación actual, que rebaja la sustancia al rango de predicado de un predicado vuelto sustancia, esta diferencia va a permitirnos comprender mejor lo que son la sustancia y el ser.

[¹⁰ Una nueva precisión se impone: cuando, en la extensión de predicado, la sustancia se vuelve predicado (“predicación de la sustancia”), hay que entenderlo en dos sentidos: por una parte, las diferentes sustancias que son susceptibles de ser “modificadas”, esencial o inesencialmente, por el predicado que comanda la extensión, estas sustancias “predican” el predicado en la extensión, le confieren la multiplicidad de determinaciones posibles que le permiten volverse soporte, sustancia, unidad. Pero no hay ahí más que una cara de la “predicación de la sustancia” (genitivo objetivo / genitivo subjetivo). Se debe considerar también que estas sustancias, no solamente predicán el predicado, sino que igualmente *son predicadas*, es decir, se convierten en objeto de una predicación. Aquí, nueva distinción, entre las dos maneras, para una sustancia, de ser predicada: si la sustancia, independientemente de toda ruptura que la transforma en predicado, es potencialmente “predicada” por la serie de los predicados que le pertenecen, eso no quiere decir que ella “sea predicada” en el sentido en que, como elemento, figure en una relación que la englobe (relación de predicación). Hay dos maneras para una sustancia de ser predicada: en extensión o en comprensión. En comprensión, eso significa que la sustancia se da como sustancia, conjunto de predicados *inherentes* a ella. En extensión, eso quiere decir que la sustancia se especifica en una relación singular con un predicado actual que la define, que la toma por objeto: es decir que el predicado está ya dado, y se relaciona a la sustancia con él. Aquí hay ruptura: pues si uno se acuerda de que la sustancia no es otra cosa que una colección de predicados, lo que está en juego en una predicación singular de tipo extensivo es un desmembramiento de la sustancia, la expulsión fuera de la sustancia de uno de sus elementos (el predicado), y la consideración, *desde el exterior*, de la relación entre la sustancia y el predicado. Tal predicación singular es el momento de fluctuación, momento límite, en que se pasa de una sustancia a otra. Pues, lo hemos visto, esta predicación se acaba sobre la inclusión de la sustancia primera como elemento en el conjunto de objetos constituido por la extensión de predicado.

Dicho de otro modo, hay que distinguir cuidadosamente la sustancia, como predicación general (potencial), y toda predicación singular.] No es poco que un conjunto, como totalidad cerrada, sea diferente del conjunto de lo que se puede pensar como partes de ese conjunto. La sustancia como soporte, colección de predicados, *comprende* la serie de los predicados que le pertenecen, de una manera absolutamente potencial, independientemente de toda actualización de un predicado. La actualización de un predicado, al contrario, es la expulsión fuera de la sustancia de un predicado, es la ruptura que por desmembramiento pone en relación la sustancia con todo lo que ella soporta.

Es aquí que está el nudo del asunto: si hay una diferencia entre la puesta en relación, sobre el modo predicativo-actual, de la sustancia con los predicados que la definen, y la sustancia misma, en tanto que ella no es otra cosa que su relación con los predicados (el hecho de soportarlos), entonces hay que concluir que la sus-

¹⁰ Nota de F. Récanati: “Los pasajes entre corchetes no han sido pronunciados”.

tancia es *otra cosa* que un soporte de predicados, otra cosa que “aquello con lo que se relacionan los predicados”. En una sustancia, sin embargo, no hay otra cosa que *predicados juntos*. Y sin embargo, si se pone en relación la sustancia como conjunto de predicados, y estos predicados, uno se encuentra frente, no a una simple redundancia, sino propiamente a una *diferencia*. Lo que hay de más en la sustancia, el hecho de que los predicados estén “juntos”, ¿es simplemente una determinación suplementaria de los predicados? Es mucho más, pues está dicho en la *Lógica* de Port-Royal, que la sustancia reposa enteramente en esta “diferencia” entre el hecho para los predicados de estar juntos o de no estarlo. Si se suprime la posibilidad de esta diferencia, no puede haber más sustancia, es decir, que queda un universo indiferenciado de predicados, lo que Peirce llama “Universo del quizá” o también “nada absoluta”, si es cierto que, sin la sustancia, los predicados no son nada. La sustancia, lo que hace sostener algo, lo que permite relaciones, no es sino lo que está de más, cuando los predicados están “juntos”.

Ahora bien, hemos constatado que este “más” reposa en que un conjunto de predicados se convierte en un término singular, hace uno, y que este término singular no forma parte de aquello de lo que es “el conjunto” en el momento en que designa aquello de lo que es el conjunto. Así, la sustancia, es lo que, cuando un conjunto está dado, al mismo tiempo, *lo constituye y le falta*. Dicho de otro modo, lo que falta en un conjunto, es lo que lo constituye: la sustancia.

[Lo que sobreviene constitutivamente de la sustancia, o sea el “conjunto” de los predicados, no es sino por ser subsumido bajo la instancia sustancial de esta conjuntización — instancia que, precipitada como término de la serie, no funciona sino por faltar en ella, por existir a ella. Esta es incluso más precisamente la función de la ausencia que comanda retroactivamente la conjuntización sustancial de los predicados y la precipitación del trazo del “conjunto” como término existente a la serie actual.]

La función de la ausencia aparece aquí previa a la ordenación de los términos; ahora bien, esta función parece desprendida en la *Lógica* de Port-Royal, donde es reservado un lugar a lo que está supuesto faltar. Pero “lo que falta” no es allí, explícitamente al menos, la sustancia. Lo que falta, es lo que, cuando no hay otra cosa que eso, es equivalente a nada. Ahora bien, está dicho en la *Lógica* que, si de este todo formado por la sustancia y los predicados, se quita la sustancia, entonces no queda más nada, porque los predicados o atributos no existen sino porque hay sustancia.

[A partir de este punto, la “función de la ausencia” parece insuficiente para suministrar el criterio distintivo que permitiría ordenar la relación sustancia-predicado. Ella estigmatiza más bien que *todo* puede llegar a faltar, que todo deja que desear. Más bien que un rasgo distintivo, parece que ella sea aquello en el interior de lo cual debe venir a alojarse un rasgo distintivo, rasgo que puede ser simplemente la *parcialización* (necesariamente ordinal) de lo que hasta ahí hace figura de universal, o sea lo que “falta para ser fijado” que caracteriza tanto a la sustancia como al predicado, en su deriva complementaria.]

Precisemos pues ante todo globalmente el impase lógico en que nos encontramos: la sustancia no es otra cosa que los predicados más algo. Este más se define como faltante y los predicados son lo que solo no es nada, pero que se produce cuando la sustancia es dada. Es decir: *los predicados no son nada sin algo, la sustancia, que no es otra cosa que la adición, a esos predicados supuestos contradictoriamente ya dados, de lo que de todos modos en la suma estará en falta*. La sustancia soporta los predicados, pero también, de una cierta manera, los predicados soportan la sustancia como ese nada-otra-vez del cual, por sustantificación, va a nacer la singularidad de una diferencia. Los predicados no son más que 0, la sustancia es lo que se añade para hacer 1. Pero en este 1 constituido, no hay más que los predicados, es decir el 0 que aparece. Pues lo que hace 1, justamente, en la inscripción del 0, está ausente de lo que inscribe el 1, es decir de lo contenido, de lo designado por el 1, es decir el 0.

Se trata ahora, para ver claro allí, de reintroducir la consideración ordinal que ha presidido este panorama de la *Lógica* de Port-Royal, es decir la oposición entre la colección y la extensión, con el fin de tomar una por una esas proposiciones contradictorias.

La sustancia soporta el predicado que define, que *porta sobre* la sustancia. Siendo la sustancia lo que falta, el predicado es un efecto de falta, lo que lleva sobre una falta, la envoltura de la falta. Pero, por otra parte, el predicado no es nada sin la sustancia, y es imposible diferenciar la sustancia del predicado actual como manifestación de la sustancia faltante. Sin embargo, puesto que está dicho que el predicado no es nada sin la sustancia, y que no hay sustancia que no falte, entonces, como *hay* predicado, hemos tenido que deducir que el predicado actual es la sustancia, puesto que sin el uno de la sustancia el predicado no es más nada: ahora bien, hay uno, hay predicado: lo que implica que el uno del predicado no es el predicado sino, hablando propiamente, la sustancia.

¿Cómo comprender esta proposición? *El predicado, que está considerado como que no es nada sin la sustancia, si se manifiesta como algo, este algo como distinto que la nada del predicado es necesariamente la sustancia*. A partir de lo que hemos llamado “sustantificación del predicado”: siendo sustantificado el predicado en la extensión, va a hacer las veces de sustancia de manera puntual, para algo que va a hacer las veces de predicado, es decir los objetos de la extensión. He aquí que está arreglado, pero también, ahora, *hay sustancia*.

Ahora bien, ella está supuesta faltar. Al mismo tiempo, desde que se produce la segunda clase de predicados, la operación se repite, y lo que, en el primer tiempo, hizo las veces de sustancia, va a faltar como sustancia, puesto que, por la operación que he puntualizado, eso va a aplicarse como predicado al nuevo término que aparece como una sustancia provisoria. Esto, quizá no al infinito, pero al menos hasta lo “impredicable” (del que hemos visto, en la *Lógica*, que es el predi-

cado del ser). Por una parte, un predicado va a apoyarse sobre el primer “predicado” que hace las veces de sustancia, para definirlo, identificarlo, predicarlo, y, por otra parte, el primer predicado-sustancia, remitido en esta relación al segundo que adquiere una extensión, va a desaparecer en tanto que sustancia, soporte, para no devenir más que un elemento en la extensión del predicado segundo, y conferirle desde entonces el relevo en la función de sustancia (*la sustancia es una función*), que éste transmitirá a un tercer predicado, etc. La primera sustancia, la que *comprende potencialmente* los predicados, es mítica: lo que cuenta es la relación actual de predicación que, vuelta posible por la “sustancia potencial”, la inscribe y la transforma en término de una relación, estando entendido que el término último de esa relación desempeña a su turno el papel de la sustancia, es decir falta en la relación, y no se inscribe más que al volverse *otra cosa* que sustancia: predicado.

Las sustancias sucesivas son pues la serie de las encarnaciones transitorias de lo que falta y que sostiene toda pseudo-sustancia como envoltura de la falta: el ser. El ser es precisamente lo que soporta todo discurso, en tanto que el discurso es lo que se produce sobre los *bordes* del agujero que constituye.

El ser es, pues, a la vez, lo que está antes del discurso, lo que produce el discurso, y lo que está después, el fin de todo discurso, su punto de convergencia, su límite. A falta de toda teoría semejante del discurso, que en la *Lógica* de Port-Royal no podemos más que reconstituir a partir de los traspiés de la doctrina, podemos encontrar allí la *ilustración* de tal posición del ser. El ser es allí explícitamente presentado como lo que no se puede predicar, pues, como *conjunto* de todo lo que puede ser atribuido, es más que la suma de esos atributos; pero la fórmula misma donde está proferida esta prohibición es elocuente: está dicho que el ser es lo que es *impredicable*. “Impredicable”, tal es, idealmente sin duda, el “primer” predicado que empieza el infinito de su serie coja, que, en su intento de significar lo imposible, lo repite constitutivamente por el hecho de exponer su propia vacuidad, trazando de un solo golpe el límite de lo que es posible y de lo que no lo es: lo posible, lo potencial, es desterrado de toda efectividad que no sea contradictoria; por el contrario, la realización en que se efectúa lo imposible no puede hacer de otro modo que dejar abierto lo que como tal lo funda, puesto que lo imposible es aquello cuya expresión no es antinómica con su significación.

Termino sobre algo que nos conduciría un poco más lejos, pues no tengo ganas de concluir, es decir de abrochar este discurso que sólo es un preliminar: *el lenguaje es lo que representa el ser para la palabra, es decir que la palabra está en la posición del interpretante, entre el árbol y la corteza, del mismo modo que lo finito, es lo que se teje entre dos infinitos.*

traducción y notas:

RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE

para circulación interna

de la

ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES